

SIETE MESES

Agradecimientos

Si nombrara a todas las personas que han marcado mi vida y me han hecho quien soy hoy tendría que escribir un libro entero solo con los nombres de cada uno. Este libro honra a todos aquellos que se han cruzado en mi camino. A los que alguna vez me echaron una mano y a los que no. A todo el que creyó en mí y al que no. Al que me apoyó y al que no. Al que me escuchó y al que no. Al que rio conmigo y al que lloró a mi lado. En resumen, a todos los que con sus acciones me hicieron más fuerte, hasta saberme capaz de lograr lo que me proponga.

Quiero enfocar la atención en mis lectores de Wattpad, que con sus comentarios me motivaron a seguir, confiaron en mí y tuvieron la paciencia de acompañarme hasta el final.

Pero, sobre todo, te agradezco a ti que estás dejando tu mundo un momento, para entrar en el mío. Gracias a ti lector por convertirme en escritora y hacer realidad uno de mis más grandes sueños.

Gracias, gracias, gracias.

Para mis padres, no solo porque me dieron la vida, también por darme el apoyo para vivirla a mi manera, por muy loca que esta fuera.

Preámbulo

«Siete meses».

«Siete meses».

«Siete meses».

Esas dos palabras seguían retumbando en mi cabeza incluso seis meses después de que el mundo hubiera colapsado sobre mí destruyéndose en mil pedazos. Sé que suena un poco dramático, pero lo fue.

Siete meses o veintiocho semanas o doscientos diez días o cinco mil cuarenta horas... Cada vez que hacía las matemáticas, perdía un poco más el sentido del tiempo.

No importa de qué manera lo contara, siete meses me sonó a una eternidad cuando mi amiga Daniela me dijo pausada, lenta y compasivamente que es el tiempo que se necesita estar sin contacto con alguien para sacarlo por completo de tu sistema, mientras me saltaban lágrimas de los ojos como en las caricaturas japonesas. «Siete meses» era lo único que podía escuchar en mi cabeza. Empezaba la cuenta atrás.

—Siete meses, *my love*, solo necesitas siete meses sin verlo, sin escuchar su voz, sin tocarlo, sin sentirlo. Después, esta tristeza que no te deja respirar, ya no

te dolerá más. Vas a poder verlo sin sentir que necesitas abrazarlo... o matarlo. Solo siete meses. —Me acariciaba el pelo y me miraba con la cara llena de tristeza y miedo. Sus palabras venían cargadas de dulzura, pero a mí me sabían más amargas que un *gin-tonic*.

Todo el que me rodeaba parecía aterrorizado, como si estuvieran esperando a que me entrara un ataque de locura y me rapara la cabeza —como la Britney—, o que de pronto explotara una bomba dentro de mí. Sus sospechas eran ciertas, algo en mí estaba a punto de explotar. Era solo cuestión de tiempo.

Tic-tac, tic-tac...

—Solo siete meses, *my love* —me repitió. Sus dedos pasaron limpiando, con suavidad, las lágrimas que se me deslizaban por los cachetes sin cesar.

¿Solo? ¿Solo? ¿Solo?

Estaba claro que mi amiga no entendía lo que era estar veinticuatro horas sin ver esos ojos color gris claro, que la gente normalmente confundía con azules por no mirar detenidamente; acorazados por una línea más oscura que les daba un contorno perfecto; y enmarcados por un par de cejas marrones pobladas, que dotaban de fuerza y tono a ese perfecto cielo azul grisáceo en la mirada.

Ya me parecía un tormento estar un día sin ver ese lunar a lo Cindy Crawford, perfectamente coloreado, entre la nariz y la boca. ¡Esa boca, Dios mío!, con sus dientes alineados a la perfección y esos labios deliciosos que se engrosaban de fuera hacia dentro y que encajaban perfecto con los míos, delgaditos y besucones. ¡Veintiocho semanas sin ellos! Sin oír esa voz grave pero delicada, susurrándome su amor en francés; que tenía la característica de producirme escalofríos con solo un *mon amour*. Doscientos diez días sin tocarlo, sin sentir su piel rozando, sudando y fundiéndose con la mía. Siete meses, y ¿luego qué? Toda una eternidad sin sus besos. Siete meses sería solo el principio de una vida entera sin él.

Sus palabras querían ser una esponja para mis ojos, que parecían tener una fuga en los lagrimales, pero en lugar de consuelo sentí que me metían el corazón al congelador. Siete meses sonaba peor que una tortura medieval, de esas en las que se martiriza a la víctima con una gota de agua cayendo sobre su cabeza, con un cierto ritmo y frecuencia. Estoy segura de que antes de morir por el agujero en el cerebro se sobrepasa la locura a causa del fastidioso golpeteo.

Sabía que mis amigas intentaban hacerme sentir mejor, y quería agradecerles la intención, pero me era imposible, no podía expresar palabra a causa de mis sollozos.

Pensaba en dormir para salir de esa realidad y sumergirme en otra menos dolorosa, pero mis invitados estaban a punto de llegar, sin contar que pestañeaba y los ojos me ardían.

Por suerte, mis mejores amigas, con las cuales compartía el techo y por lo tanto la desdicha del desamor, se encontraban conmigo en ese momento. Corrieron a la habitación en cuanto oyeron que un objeto de vidrio golpeaba contra el suelo rompiéndose en pedacitos. No era mi corazón, pero habría sonado igual si hubiéramos podido escucharlo por dentro.

Me encontraron sentada en el suelo, vistiendo una bata de baño rosa, la mano sobre la boca intentando acallar los gritos del corazón y con la mirada perdida en la pantalla de la computadora mirándome desde el escritorio, burlándose de mí. Se sentaron a mi lado con cuidado de no pisar algún vidrio y me preguntaron

qué había pasado. Mi cuarto parecía haber sufrido el paso de un tornado y todos se miraban entre sí con cara de *what*, intentando entender lo que sucedía y estudiando la habitación con detenimiento.

A nuestro alrededor, sobre el suelo, había miles de papeles esparcidos por doquier, seis o siete plumas de diferentes colores, un labial, un rímel abierto, un estuche de maquillaje despedazado, un vaso roto cuyo contenido nos empapaba las piernas y que nadie se había molestado en recoger aún. Todo aquello reposaba inerte sobre el escritorio junto a la computadora, antes de que mi brazo, con la fuerza iracunda de Hulk, lanzara todo por el aire. Siempre había querido hacer eso. Eso y tirarle la bebida en la cara a un patán se ve tan *cool* en las películas. La realidad es que hay tanto dolor detrás que no es nada, pero nada, *cool*. Además, después hay que limpiarlo todo, pero esa parte la editan en la pantalla grande.

—Háblanos, Alexa. ¿Qué pasó, *churra*? —preguntó Carola con un tono lleno de preocupación.

Nos llamábamos *churras*, porque en algunos países de Latinoamérica, como Colombia, significa guapa. Era obvio que esa vez lo decía por costumbre, pues mi pinta se asemejaba más a la de una loca: el pelo rizado y esponjado como un león, mi bata de baño rosa medio cubriéndome el cuerpo desnudo y la mirada perdida en la pantalla del ordenador. Si hubiera salido a la calle, la gente habría jurado que me había escapado de un manicomio.

Le respondí sin palabras, limitándome a señalar la computadora con mi cabeza, y Dani comenzó a leer en voz alta lo que encontró. Fue entonces cuando se abrió la fuga en mis lagrimales.

Un río templado de lágrimas furiosas brotó y descendió sin pausa por mis pálidos cachetes, dejando una huella de rímel negro en el camino. Los dedos ni siquiera intentaron detenerlas, venían cargadas de fuerza y odio.

Mi amiga Carola me tomaba la mano con fuerza, aunque con una mirada compasiva y entristecida. Ella era la fuerte, tenía la habilidad de hacernos reír justo en los momentos más tristes, volteaba nuestro mundo de cabeza como si nos hicieran cosquillas. Sacaba de su escondite el famosísimo Néctar Azul, un aguardiente colombiano que no solo hacía que se olvidaran las penas, también curaba todas las heridas; ponía a todo volumen su vallenato favorito, tan alto que parecía invitar a los vecinos a bailar al son de la guacharaca y un instante después, todo era alegría, fiesta y diversión.

—Esos *pinches manes, marica*, un día se van a arrepentir, ya verás. Los tendremos a todos rogándonos, *marica*, ro-gán-do-nos, de rodillas y todo —me gritaba por encima de la música con ese acento de la capital de Colombia, pero bien mexicanizado. El tono siempre de indignación, aunque con una sonrisa gigante en la cara. Me abrazaba por el cuello y me hacía beber de su aguardiente cual mamila en mano mientras gritaba «¡Wuuuuuuu!».

Siempre que Caro estaba cerca, se aplicaba «la ley de Celia Cruz» y las penas se iban cantando. Pero esta vez era diferente, esta vez no tenía palabras motivadoras ni ganas de cantar, sabía que ninguna bebida milagrosa sería tan fuerte como para calmar ese dolor. Frédéric nos había roto el corazón a todas.

Después de leer lo que encontró, Dani estaba tan llena de rabia que, de ser una caricatura, le hubiera salido fuego por los ojos. Ella era su fan número uno, lo había ayudado mil veces a sorprenderme y siempre estaba de su lado en

cualquier malentendido hormonal que me obligara a discutir con él.

—Es que es di-vino, *marica*, ¡divino! No cualquier *man* hace lo que él ha hecho por ti. No lo vayas a perder por una bobada, *churra*. En serio, piénsalo y tranquilízate —me consolaba con su adorable acento bogotano, en un tono regañón, pero que podría dar diabetes. Lo adoraba, pero parecía que a ella la había decepcionado tanto o más que a mí.

Nuestra casa parecía un chiste: dos colombianas, una brasileña y una mexicana viviendo en España bajo el mismo techo. Con nuestros respectivos novios: un italiano, un colombiano, un francés y un portugués, ocupando de vez en cuando nuestro espacio común, y a tiempo completo nuestros corazones. A simple vista, parecíamos la envidia de muchos. Lo cierto es que mi vida estaba muy lejos de ser perfecta.

Lilia, la brasileña, seguía sin poderlo creer, pensaba que podría ser una broma, para después sorprenderme con un anillo de compromiso o algo muy *Frédéric* que siempre nos dejaba boquiabiertas y embobadas.

La pobre estaba hecha un manojo de nervios, caminaba dando vueltas en el pequeño espacio de la habitación y no dejaba de mirar el teléfono, como esperando una llamada milagrosa.

—Ay, *nau* lo creo, *marica*. *Nau*. Lo. Creo. *Nau* acredito que sea tan gilipollas —repetía sin cesar con un acento brasileño-colombiano-español que solo se lo he escuchado a ella—. ¿Por qué *nau* le llamas?

—¡Ni madres, *marica*! ¿Estás loca? ¡Ni se te ocurra, Alejandra! —El grito enfurecido de Carola llenó la habitación.

—Es que *nau* entiendo. Después de todo lo que ha hecho por ella. ¿Y si estaba *brincando* para sorprenderla con un anillo?

Me limité a negar con la cabeza. Frédéric jamás bromearía con algo así. Me llevé las manos a la cara en desesperación. Todos tenían una opinión y hablaban al mismo tiempo. Apenas podía escuchar lo que decían. Seguía pensando en las palabras de Lili, pero llamarle no era una opción. ¿Qué le diría? «Hola, *mon amour*, perdona que te moleste en mi cumpleaños. Tengo una duda. Me llegó un *mail* y no estoy segura si quieres terminar la relación o si es una broma porque te quieres casar conmigo». No, en definitiva, no era una opción.

—¿Quiere que le metamos un sustico al *hijueputa* ese, Ale? Usté sabe bien que lo que necesite, aquí estamos —interrumpió mis pensamientos el novio colombiano de Caro, que intentaba empatizar conmigo. Se golpeaba con un puño la mano, pero todos sabíamos que no lo decía en serio.

Los novios se llevaban muy bien entre ellos, algunas veces se iban de fiesta en *club gay*, como los llamábamos, con la mera intención de molestar. Sin embargo, en esa ocasión me parecía que estaban de cierta manera agradecidos de que el francés hubiera salido del cuadro. Sus sorpresas tan estúpidamente románticas y sus detalles tan cursis los ponía a todos en la mira y los dejaba como malos novios.

Por suerte para ellos, ya no había de qué preocuparse, pues Frédéric Lévêque —el modelo del novio perfecto—, se había quitado la botarga de príncipe azul dejando al desnudo a un ogro desalmado. Veinte minutos antes de que llegaran los invitados a mi fiesta de cumpleaños número veintiséis, había decidido dejarme a mí, Alejandra Jáuregui, por medio de un *e-mail* sin tacto. Me felicitaba deseándome lo mejor y agregaba —así, tan ligero como quien te da los buenos

días— que necesitaba quitarse un gran peso de encima o de lo contrario siempre tendría una espinita clavada. Cuanto más lo leía, más ganas me daban de clavarle esa misma espina en otro lado.

—Léemelo otra vez —le pedí a Dani con voz cortada y llorosa.

—Creo que escucharlo siete veces es suficiente, *my love* —se negó con ternura.

—Por favor, la última —insistí con ojos de perrito triste que le impidieron rechazarme.

Tic-tac, tic-tac...

Suspiró y comenzó a leer con la voz cargada de tristeza:

Mon amour, no sé por dónde empezar... tal vez con: ¡JOYEUX ANNIVERSAIRE! Ya eres más joven que ayer y al parecer te vuelves más y más guapa cada minuto.

¡Mi vida es un completo desastre! Tienes razón, no sé qué hacer ni lo que quiero. Parece que no soy un adulto, más bien soy un adolescente tratando de actuar como un hombre.

He estado distante porque decidí darle a mi exnovia otra oportunidad. Yo sé que estas no son las palabras que querrías escuchar, pero necesito intentarlo por última vez o si no me arrepentiré. No estoy seguro de que funcionará, no hay confianza en la relación, lo que hay es mucho miedo, resentimiento y enojo.

Pero siento que es necesario para los dos... Para los tres. Necesito vivir esta relación hasta el final, hasta que ya no quede nada. Tengo que hacer esto para no tener ningún arrepentimiento y estar en paz conmigo mismo, o de lo contrario siempre tendré una espinita clavada por no haberlo intentado lo suficiente, y no haberle dado una última oportunidad. Con esa sensación dentro de mí, no puedo estar al cien contigo.

No sé cómo explicarlo, es complicado. Imagina que soy como una serpiente, salí de mi piel vieja, pero esta sigue colgando, quiero entrar en ella de nuevo, pero ahora es muy pequeña y la nueva no está lista todavía. ¿Se entiende lo que quiero decir? Es todo tan complicado, te lo dije, soy un caos.

El punto es que no me arrepiento de nada de lo que pasó entre nosotros. Sigo pensando en ti cada día, pero mi vida es un desastre y estoy lastimando a toda la gente a mi alrededor.

Te extraño y nunca he querido lastimarte. No sé a dónde me llevará la vida ni mis decisiones, de cualquier forma:

¡Feliz cumpleaños, mi tierna y adorada Mexisexy!

Mua, mua, mua.

P.D. No te pongas borrachita, si no empezarás un nuevo año cruda y vomitando. Salúdame a todos.

Tu pequeño demonio francés.

Desde el principio

Todo tiene un principio: las historias como esta, los cuentos, las canciones y hasta la vida. Comenzaré por contar cómo empezó todo; cómo y por qué fue que me enamoré (perdidamente) de ese dichoso francés. Esa ruptura marcó un antes

y un después en mi vida y es necesario explicar lo que pasó primero, para poder entender lo que hice luego.

Sin embargo, este no es solo el inicio de la historia. Estoy convencida de que mi vida no empezó en México cuando nací, sino en Salamanca, España, una mañana a principios del verano de 2006 cuando desperté con la canción de moda de Shakira, sonando desde mi celular.

—¡Güeeeeeeey, qué emoción! ¡Ya no falta nada para vernos otra vez! — escuché gritar eufórica a mi amiga Romina al descolgar el teléfono—. ¡Ya están reservados nuestros vuelos!

Miré el reloj sobre la mesilla a un lado de mi cama que apenas marcaba las nueve de la mañana y me tallé los ojos intentando entender lo que sucedía.

Junto con su voz, un rayo de sol veraniego se colaba sin invitación por mis cortinas, rebelándose ante mis ganas de dormir. Estiré, cual gato, todas las extremidades de mi cuerpo con el fin de espabilarme, solté un pequeño gemido y le contesté con voz amodorrada:

—Hola, amiga, no me vas a despertar a esta hora todos los días, ¿verdad?

—¡Claro! ¡Tenemos que aprovechar! No vas a dormir todo el día mientras estemos de vacaciones, ¿o sí? —replicó imitando mi tono de voz.

Mi amiga la Romas llevaba tres meses (de seis planeados) *backpackeando* por Europa. Iba quedándose en casas de locales desconocidos que no le cobraban ni un peso por usar un sillón en su sala, el suelo o a veces, si había suerte, hasta un cuarto privado.

La primera vez que escuché lo que haría, pensé que por tacaña se metería en un problema. Con lo baratos que son los hostales en Europa, me pareció peligroso que, por ahorrarse unos pesos, se adentrara a dormir en la boca del lobo. Aunque he de confesar que también sonaba emocionante. Era una nueva red social, un proyecto llamado Couchsurfing (*surfeando sofás*), que te permitía conocer gente local mientras viajabas y te daba el gran beneficio de hospedarte gratis en cualquier parte del mundo, con desconocidos, pero gratis.

Siempre me ha gustado la aventura, así que cuando me habló para invitarme al mundial de fútbol en Alemania y así poder viajar juntas antes de que ella pasara por España, me pareció una idea fenomenal. Cuatro años sin verla, más de un año sin novio y dos semanas de vacaciones pendientes en mi trabajo, me facilitaron la decisión, sin olvidar que la Romas podría conseguirnos hospedaje (repito) gratis en todas las ciudades visitadas.

Nos esperaba el inicio de un verano increíble, siete largos días de desconexión con mi mundo español, mi trabajo y mi rutina. Estaba ansiosa por ver ese país que había dado vida a la segunda guerra más grande del mundo. No podía siquiera imaginar cuánta historia habría escondida detrás de cada edificio.

—No, vieja, era broma. Despiértame tempranísimo que no quiero perderme de nada. ¡Ya tengo todo listo! Y tú, ¿qué onda, ya nos conseguiste casa? — pregunté temerosa de escuchar una respuesta negativa.

—Hablé con los *Anicetos* y me dijeron que sin problema nos podemos quedar con ellos en Fráncfort al llegar a Alemania. Lo demás, después vemos. He mandado varias solicitudes en Couchsurfing así que tú no te preocupes —me contestó con ese entusiasmo que la caracterizaba desde los seis años.

Los Anicetos eran un grupo de amigos de la adolescencia que también estarían por allá. Mi mamá los odiaba, porque todas mis tardes y fines de semana los pasaba con ellos, en la casa, en el club o «a saber en dónde», como decía ella. Ya no eran muy cercanos, pero saber que habría más caras familiares me tranquilizaba. Todo el mundo los conocía con ese apodo, pero creo que, incluso hoy, ni siquiera ellos saben por qué.

Romina y yo nos conocimos en primero de primaria. Nos sentábamos juntas y las maestras siempre nos separaban porque no parábamos de hablar. Aún no me queda claro de qué tanto podíamos platicar con solo seis añitos. Ella tenía un grupo de amigas y yo otro, pero con el paso del tiempo nos fuimos alejando de ellas y fuimos armando el nuestro. Así, en primero de secundaria éramos yasiete amigas inseparables.

—¿Y con los Anicetos dónde? ¿Cabremos todos? —le pregunté, mientras trataba frente al espejo de acomodar mis largos rizos color chocolate, que me hacían parecer un náufrago recién levantado.

La interrogaba por seguir la plática, pues, mientras fuera gratis, a mí me daba igual dormir en el piso o en los pies de alguien.

Mi querida amiga me contó que el Kiks, uno de los Anicetos, había vivido con un alemán en Estados Unidos, Stephan se llamaba. Al saber que quince mexicanos pisaríamos tierras germanas, a Stephan le olió a fiesta y en seguida ofreció la enorme casa de sus padres para que llegáramos ahí. Conociendo nuestra reputación, le pareció una idea tan maravillosa que invitó además a todos sus amigos de las áreas circundantes para que se unieran a esta celebración.



Conseguí un «vuelo a precio de taxi», de esos súper incómodos que te dejan en un aeropuerto que parece más cerca de tu casa que del destino visitado. Al llegar a Fráncfort tomé un tren directo hasta Kelkheim, donde me esperaba Romina y la hospitalidad alemana.

Ese viaje me quitó de un vistazo los estereotipos que tenía de un país gris y triste que había visto retratado en películas de guerra. Para mi sorpresa, un paisaje lleno de colores, campos enormes y abiertos, cubiertos de un pasto verde y cortado con una simetría perfecta, pasaba por mi ventana recordándome las vistas de Escocia.

Vi pasar frente a mí algunas vacas y borregos pastando y me alegré al saber que se aproximaban unos días en los que estaría rodeada de naturaleza.

Sentía que olía el aire fresco con aroma floral y aunque no era posible escuchar nada desde el vagón, podía imaginarme el sonido de las campanas de las vacas al pastar. Siendo toda una chica de ciudad, esa imagen me hizo sentir como Heidi, la niña de las praderas. Se me antojaba salir del tren, correr por el pasto, tirarme de espaldas entre las flores como si estuvieran acolchonadas y revolcar mi cuerpo gritando «¡oloréoloréoloréjijíoejijíoejijí!».

Llegué con facilidad a la gran fiesta, no me costó trabajo encontrar la casa pues se escuchaba música desde lo lejos y me dejé llevar siguiendo el olor de carne a la parrilla.

Entré al jardín, con timidez en la mirada y mi *backpack* en la espalda, buscando alguna cara conocida. Con gran alegría vi a mi amiga saltar desde lo lejos. Comenzó a acercarse corriendo y esquivando a toda la gente. Pude ver su pelo

liso casi negro moverse hacia los lados mientras corría hacia mí. Intenté hacer lo mismo, pero el peso de mi estorbosa mochila entorpeció mis pasos. Me la quité de los hombros y apenas tuve tiempo suficiente para recibirla volando hacia mis brazos. Sentí que mis ojos se llenaban de lágrimas de emoción y no me sorprendí al sentir el rostro mojado de mi Romis también.

—¡Mi Alex! ¡No puedo creer que estemos juntas en Europa! —Se soltó del abrazo, saltó y aplaudió con rapidez.

Casi todo el que me conocía me apodaba *Alex*. Aunque siempre he sido muy femenina y suelo vestir con estilo, mis amigos decían que mi actitud era la de un niño más, pues cuando estaba con ellos me transformaba. No me asustaban sus historias guarras y sabían que, si estaba yo, podían platicar de lo que fuera y ver cualquier programa de televisión, incluyendo esos llenos de vulgaridades que hacían que el resto de mis amigas saliera corriendo. Digamos que solo me faltaba escupir al suelo y rascarme mis partes íntimas cuando estaba con ellos.

Estar con Romina en Alemania era como un sueño, no podía creer que hubiera pasado tanto tiempo sin verla. De niñas éramos inseparables. Hasta hicimos un juramento de sangre prometiendo estar siempre juntas. ¡Tan inocentes!

Después de ponernos al día, sin mucho detalle, me llevó a conocer al anfitrión. Apenas era mediodía y Stephan nos esperaba ya con salchichas enormes en la parrilla y una cantidad incontable de cervezas alemanas bien «muertas». Nunca antes había visto tanta comida y cerveza en una fiesta casera, y cabe mencionar que la adolescencia y gran parte de mi vida adulta, la pasé bailando de fiesta en fiesta.

Había pocas personas, los mexicanos estaban por llegar y los demás invitados iban apareciendo a cuenta gotas. Era viernes y muchos de ellos — como los franceses— se unirían a la fiesta al salir del trabajo para pasar el fin de semana comiendo salchichas, bebiendo cerveza y viendo el fútbol.

Por más masculino que sonara el fin de semana, Romas y yo estábamos tan emocionadas, que parecíamos niñas de siete años a punto de conocer a Mickey Mouse en Disneylandia.

El encuentro con el amor

Los mexicanos llegaron casi todos en el mismo vuelo, cada uno llevaba dos botellas de tequila (porque la ley no permite llevar más) y algunos dulces enchilados típicos de nuestro país para compartir con los invitados europeos.

La fiesta ya empezaba a tomar forma. Había gente de Grecia, Italia, España, Alemania, Inglaterra, Hungría y hasta Letonia. Algunos de ellos conocían a Stephan, mientras que otros tantos eran amigos de los amigos, como nosotras.

Después de saludar a los trece mexicanos con el afecto que guardaba en los recuerdos, nos empezamos a integrar bastante bien a la atmósfera europea. Había una gran variedad de típicas salchichas alemanas, perfectas para cualquier paladar carnívoro.

Algunas tenían especias y hierbas por dentro, otras eran de un color amarillo

dorado mate. Bastaba verlas para empezar a salivar. Había unas con un tono más rojizo, pero todas ellas eran muy largas, y tan anchas que parecía que no nos cabrían en la boca. Las acompañamos con pan, una mostaza picosita y una ensalada de papas frías al estilo alemán. Una verdadera delicia para los amantes de la carne.

Comíamos y platicábamos mientras que movíamos un poco el cuerpo al ritmo de la música de fondo. Yo no soy fan del tequila así que las cervezas alemanas se volvieron mis mejores amigas.

—No gracias, no me gusta el *whisky* —escuché a Romina a mis espaldas, rechazando a un agradable y rubiecillo alemán que más que guapo era bastante simpático. Tendría unos kilitos cargados de más en sus abdominales; sus mejillas estaban chapeadas al igual que su redondeada nariz y digamos que solo le faltaba tener una barba larga y blanca para que nos sentáramos en sus piernas a pedirle regalitos de Navidad.

Me integré a su conversación para descubrir que Michi, como se hacía llamar el alemán, había traído desde el noroeste de Escocia un *whisky* que presumía tener la más fina mezcla de malta, dándole un sabor suave, delicado y dulce. La botella estaba cerrada y su etiqueta marcaba «Isle of Skye, doce años».

—¿Y qué son estas piedras negras? —le pregunté señalando una cajita a un lado de la botella, y ya bien dispuesta a darle una probadita al *whisky*.

—Se llaman hielos de roca, cuando hacen contacto con el *whisky* lo mantienen frío sin que se disuelva el alcohol y así poder disfrutar a plenitud sus principales aromas y sabores —me respondió en un tono muy formal, pero más en plan amigable que de sabelotodo—. Son de Suecia, a los amantes del *whisky* les encantan estos pequeños detalles, pues de esta manera no pierde su esencia. Acompañame a enfriarlas para que lo pruebes —Señaló la cocina con un movimiento de cabeza y lo seguí sin pensar demasiado.

No soy fan del *whisky* tampoco, lo mío es el ron, pero en esta fiesta solo había tequila, cerveza y una botella de este delicado escocés. Me animé a probarlo más por la curiosidad de las rocas negras que por la mezcla de maltas y su edad.

Resulta que el proceso llevaba su tiempo pues había que dejar las rocas enfriar por lo menos una hora. Pero no había prisa, apenas estaba cayendo la noche.

Michi me contó que vivía en Heidelberg (se pronuncia Jaidelberg), una ciudad de estudiantes al suroeste de Alemania muy cerca de la frontera francesa. Me describió en detalle el gran castillo y el río atravesando la vieja ciudad de estilo barroco, se escuchaba tan pintoresca y romántica que pensé sería un sueño visitarla.

Si alguien me hubiera dicho que en poco tiempo estaría viviendo uno de los peores días de mi vida en su casa no lo hubiera creído.

Mientras esperábamos el proceso de las dichas piedras frías, bailábamos bajo un cielo despejado y lleno de estrellas que resaltaban del fondo azul oscuro. La noche nos regalaba una luna casi llena que iluminaba el jardín lleno de risas y alegría.

Me acerqué a Stephan para agradecerle su hospitalidad y este me presentó a sus padres y a su hermano pequeño, que de pequeño no tenía nada. Ambos medían casi dos metros y su parecido les hacía imposible negar su parentesco.

Además de la altura, tenían los dos un cuerpo ancho bastante escultural, no

de los que pasan horas en el gimnasio, pero sí de esos que se te antoja tocarle los brazos. Se me asemejaban a un galán de caricatura de Disney, de esos que son más bien los malos, pobres o ladrones al principio. No al típico príncipe de rasgos delicados y afeminados. Me sentía en un universo paralelo con tanto guapo alrededor.

Mientras hablaba con el anfitrión, se acercó también su novia (razón por la cual dejé de soñar con sus brazos levantándome por el aire). La güera era justo lo contrario a él. Una holandesa, muy pequeña y delgadita, con la piel pálida, tan característica de los vampiros... Quise decir los europeos, y el pelo rubio casi blanco. Iba vestida de naranja, de pies a cabeza: *shorts*, camiseta, calcetas, tenis... Supongo que para apoyar a la selección de fútbol de su país, pero más bien parecía la ficha perdida de Parchís.

Cuando escuchó que éramos mexicanas, se emocionó y empezó a contarme cosas maravillosas de mi país y de los míos. Al instante se me infló el pecho. Saber que los mexicanos vamos por el mundo dando una buena impresión, me enorgullece mucho. Al parecer les caemos bien a los europeos, creo que se lo debemos a nuestras tradiciones y a la calidez de la gente. Aunque me he llegado a sentir como la mascota del grupo, cuando me rodean y me piden, con un entusiasmo no apto para mayores de edad, que diga: «¡ándale, ándale!».

Michi se nos unió a la conversación ya con el *whisky* y las rocas negras en mano para mi degustación. Abrió la botella de su Isle of Skye y me sirvió dos dedos del añejado *scotch* en un vaso de vidrio bajo, cuadrado, con tres piedras negras.

Al mojar mis labios pude sentir el excepcional sabor del *whisky*: suave, dulce, con un toque de madera de roble y un poco de miel. Le di un trago más largo y al sentirlo en mi paladar me pareció también percibir un sabor ahumado, el alcohol apenas se notaba. Me encantó.

El alemán notó por mi cara la armonía que el *whisky* había dejado en mi boca y se mostró un tanto satisfecho. Le agradecí el haberlo compartido conmigo; me sirvió un poco más y lo dejó reposando sobre la mesa.

—Toma todo cuanto quieras, hoy no le pienso ser infiel a *mi* tequila —me dijo sonriendo, con esa simpatía y gracia de su persona.

Era obvio que los Anicetos se habían apoderado del reproductor de música, pues noté que mi amiga estaba muy alegre «bailando» salsa con un alemán, o por lo menos intentando enseñarle, y no pude evitar soltar una carcajada. Una vez escuché que hay nacionalidades a las que les deberían prohibir bailar, pero no fue hasta ese momento que entendí esas sabias palabras. Parecía como si la gente estuviera peleando con abejas asesinas o deshaciéndose de telarañas invisibles. El jardín estaba repleto de esos bailarines.

Mi diversión se vio interrumpida con la canción *Hips don't lie* de Shakira, combinada con la vibración proveniente de mi celular. Contesté con una gran sonrisa al ver que era Mario, mi compañero de trabajo. Un genovés con una gran pasión por la comida, el fútbol, el sexo y mi excompañera de piso. En los últimos años nos habíamos vuelto mejores amigos gracias a su obsesión por Teresa y a que mi jefe en la cafetería le había dado más horas de trabajo, por lo que pasábamos más tiempo juntos, ideando nuevas maneras (siempre relacionadas con sexo) para conquistar a mi amiga.

—¿Qué haces tú, te interrumpo? ¿Ya estás ligando verdad? ¿Estás borrachita? ¿Cómo llegaste? ¿Todo bien? —preguntó con su fortísimo acento italiano que, aún después de siete años en España, seguía conservando casi intacto. Sin contar las groserías españolas, parecía que hablaba italiano.

—Bailando. No. No. Aún no. Bien, gracias. Todo bien —le contesté haciendo burla de su interrogatorio.

—¡Qué pesada! Cuéntame algo que estoy como ostra en la cafetería, no hay ni Dios que se pare hoy por aquí. ¿Hay alguien a quien te quieras saborear hoy? —preguntó rogando por escuchar una respuesta afirmativa que le quitara el aburrimiento.

No me extrañó para nada su pregunta, me hubiera resultado más raro que no hubiera hecho un comentario *sexoso*.

—Aún no, estoy esperando a los franceses que amenazaron con llegar a la una de la mañana. —Mi sonrisa se expandió por todo lo ancho. Lo decía con la única intención de molestarlo. Sabía muy bien que había tres cosas que le ponían los pelos de punta La Juve, el presidente Zapatero y los franceses.

—¡Gilipollas! ¡Anda ya! ¡Mejor sola que mal acompañada! —respondió enfadado. Era tan fácil hacerlo rabiar.

Me metí en un pequeño salón para protegerme del ruido de la fiesta y poder hablar tranquila, sin tener que taparme un oído para escucharlo.

Hablamos un buen rato. Le conté de mi más reciente amor por Escocia, de las salchichas (que por supuesto trajeron en respuesta comentarios llenos de vulgaridad) y del buen ambiente de la fiesta. Tuvo que colgar, pues era hora de cerrar y un molesto personaje había entrado a «tocarle las narices», como dijo antes de dejarme hablando sola.

Me giré hacia la puerta para regresar a la fiesta y buscar una víctima con quien bailar, pero mi cuerpo chocó contra una pared invisible al ver frente a mí un par de ojos grises que me robaron el aliento en un instante.

Me gustaría aclarar una cosa, estaba en Alemania, rodeada de europeos con pinta de Adonis; los griegos me dejaban sin aliento y había un rubiecillo de Letonia que parecía salido de un anuncio de revista, pero ese guapo frente a mí iba más allá de todo concepto. Parecía que lo habían diseñado a mano, como si hubiera salido de una computadora.

Tenía unos ojos grises con destellos azulados rodeados por un contorno más oscuro, que resaltaban contrastando con su piel canela y gracias a un par de cejas bien pobladas. La barba de tres días le ocultaba, a medias, un pequeño lunar justo entre la nariz y la boca, igual que el de Cindy Crawford, pero unos centímetros más arriba.

¿Quién se imaginaría que un punto en la cara sería tan *sexy*? Desde luego hay que tenerlo en el lugar indicado, pues si ese mismo lunar hubiera estado en la punta de la nariz rodeado por unos cuantos vellos, tal vez no estaría narrando esta historia.

Se notaba a leguas que tenía muy en claro su atractivo. Su porte y su caminar reflejaban seguridad y confianza. Podría asegurar que estaba acostumbrado a las miradas fijas de la gente. Me sentí como en la típica escena de película donde un apuesto caballero entra a una cafetería y tanto hombres como mujeres interrumpen su conversación, su libro o su trabajo, para seguirlo con la mirada,

mientras el tiempo se congela. Al salir del local, la gente vuelve a sus actividades como si les hubieran quitado la pausa. Así me había quedado yo: en *standby*.

—Perdón —se disculpó, acortando la distancia entre nosotros— estoy buscando a Stephan ¿lo has visto por aquí? —preguntó en inglés, quitándome la pausa.

—No en los últimos diez minutos, pero debe de ser fácil encontrarlo, es muy grandote como para pasar desapercibido —respondí, con miedo a que se me notaran las ganas de arrancarle la camisa.

Mi comentario le resultó un tanto cómico y me extendió la mano junto con una sonrisa que revelaba una tenue arrogancia.

—Frédéric —me dijo con un firme, delicioso e innegable acento francés.

¡Llegaron los franceses! ¡Contrólate Alex, contrólate! Mario me va a matar.

Siempre había tenido una terrible debilidad por los franceses, pero es que son adorables y su acento me derretía. Ese *blublublu* era un masaje para mis oídos; escucharlo era como estar en un trance.

—Alex —le contesté dándole la mano con un poco de indiferencia para que no notara que me derretía por dentro, cual *gelato* en un verano en la Toscana.

—¿Alex? ¿Qué no es ese nombre de chico? ¿De dónde eres? —Fruunció el ceño sin soltarme la mano.

—¿Y cómo sabes que no lo soy? —Alcé una ceja en plan retador.

—Pues hay una forma de averiguarlo.

Su tono seductor me hacía imaginármelo desnudo. Aún con mi mano en la suya, se acercó despacio como si fuera a besarme. Se detuvo a la mitad del camino para esperar mi reacción.

Me acerqué de la misma manera, dispuesta a recibir su beso, pero me contuve.

—No creo que tengas tanta suerte —le murmuré muy cerca de sus labios, provocándole un escalofrío. Le solté la mano y salí del salón, no sin antes regalarle un guiño muy coqueto.

Al girarme de nuevo lo sorprendí sonriendo y negando con la cabeza.

—Stephan está con su hermano al fondo del jardín. —Le señalé su ubicación con la cabeza. Sin borrarle la sonrisa fui a ver a Romina.

Necesité sacar todas mis fuerzas para no mordisquearle esos labios delineados a la perfección. Con solo haberlo tenido cerca un momento, ya sentía que las piernas no me respondían igual. Como si se hubieran hecho agua solo por percibir su aroma.

—Acabo de conocer a mi marido —le conté a mi amiga dejando salir un suspiro que parecía falso de tanta intensidad.

—¿Dónde, dónde? —Movié la cabeza para ambos lados con rapidez y curiosidad.

Miré hacia el rincón en el que se encontraba el anfitrión hacía apenas unos segundos. Para mi sorpresa, Michi, Stephan, su hermano, Frédéric y el alemán «bailarín» de mi amiga, nos miraban sonriendo y asintiendo con la cabeza. Era obvio que estaban hablando de nosotras.

—Sí, mi Alex —me dijo mirándolo a los ojos y con total seguridad—, no hay

duda, es él.

Apostando al amor

Conozco a muy pocas mujeres que no se imaginen casadas y con hijos a la hora de conocer a alguien interesante. Tenemos esa (maldita) habilidad de transportarnos de manera inmediata a un futuro fantasioso salido de un cuento de hadas en donde todo es felicidad. No hace falta más que mirar los ojos de alguien que nos gusta para que nuestra imaginación se suba a un DeLorean, pulse los botones «diez años adelante» y arranque hasta alcanzar las ochenta y ocho millas por hora. Nos toma la misma cantidad de tiempo viajar al futuro y regresar, que lo que toma decir la palabra «hola».

Y ahí estaba yo, viviendo en París con dos de mis hijos ojo-azulados corriendo entre mis piernas y una hermosa princesita rubia saltando hacia los brazos de su padre, Frédéric el guapo, mi guapo. Ni siquiera sabía de qué parte de Francia era, pero ya andaba por ahí corriendo a orillas del río Sena agarrada de su mano y con nuestros hijos saltando frente a la torre Eiffel. Estaba a punto de susurrarme algo romántico al oído cuando mi sueño diurno se vio interrumpido.

—Sí, es él —me repitió Romina reforzando su certeza.

—¿Cómo sabes? —Mi mirada aún clavada en los ojos grises de mi francés.

—A ver, ¿cómo sabes que sabes que el cielo es azul, mensa? —me contestó con tono de obviedad y con una tierna voz infantil— porque lo puedes ver, ¿no?

Sus palabras confiadas y seguras le dieron más vuelo a mi imaginación. Pude vernos bailando bajo la luna, nuestro primer beso romántico, delicado y delicioso, lo escuché decirme al oído palabras de amor incomprensibles, nos vi brindando en nuestra boda y hasta sentí los rayos del sol de la Polinesia Francesa broncear mi piel durante nuestra luna de miel.

Lo malo de soñar despierto es que la realidad nos pega un par de cachetadas en la cara para despertar. ¿Cuándo se ha hecho realidad algo que pasó en un sueño diurno? ¡Nunca es la respuesta! ¡Nun-ca!

Las expectativas de amor siempre superan la realidad y todo por culpa de Disney, las *chick flicks*, Ashton Kutcher y los escritores frustrados que no tienen otra cosa que hacer más que mantenernos la ilusión amarrada a las letras.

Me parece que a estas alturas ya se puede notar que crecí influenciada por Disney y sus princesas; en mi defensa, todo el mundo está influenciado por algo.

Vimos a los chicos extranjeros con cara de travesura, haciéndonos gestos con la mano, indicándonos que nos acercáramos a ellos.

—Vamos, vieja —me dijo Romina con determinación, haciendo que mis piernas se agitaran con nerviosismo una vez más.

Siempre le había admirado ese andar sin miedo por la vida. La seguridad que tenía sobre las cosas daba la impresión de que sabía el qué y el porqué de lo que hacía. Se dejaba llevar por la corriente, pero con la certeza de que cosas muy buenas la esperaban a la orilla.

—Nunca hay que empujar al río —me aconsejaba cuando más lo necesitaba—, el río fluye, solo hay que seguirlo.

No solo admiraba su personalidad, también su cuerpo. Romina tenía dos

pedazos de cachetes redondeados y carnosos, deslumbrantes a la vista de cualquiera. Bajaban desde su pequeña y delineada cintura, tan estrecha que parecía caber en dos manos. En más de un centenar de ocasiones, tuvimos que lidiar juntas contra hombres perversos tratando de tocarle el trasero con una nalgadita o un leve roce, como queriendo probar un pedacito de ese gran pastel. Se saboreaban sus delicias pasándose la lengua por los labios de una manera vulgar y atrevida. Era incontrolable. La misma cantidad de veces vimos a mujeres clavándole los ojos con envidia como si con la vista pudieran desinflarle su belleza.

No solo era cuerpo, mi amiga tenía la piel muy blanca y el pelo casi negro, largo y tan liso como la lluvia. Sus cejas bien pobladas resguardando esos ojos grandes del color de las avellanas era lo primero que veías en ella... O lo segundo, después de su trasero. Su nariz era redonda y pequeña y sus labios tiernos y sonrientes. Si no fuera por sus nalgotas, parecería una muñequita de porcelana.

Poco podías hacer cuando ella decía «vamos», así que la seguí con timidez hacia la boca del lobo.

—Así que es gracias a ustedes por lo que se organizó esta fiesta —dijo Frédéric sorprendido y muy contento.

¡Que no le vea las nalgas, que no le vea las nalgas!

Mi inseguridad innata me decía que en el momento en que mi francés pusiera ojos en ese carnoso y delicioso trasero, dejaría de ser *mi* y pasaría a ser insípidamente *un*.

—En realidad es gracias al fútbol, ¿no? —Miré a Stephan.

—¡Una cosa más para venerar ese magnífico deporte! —gritó entusiasmado el alemán bailarín del que no recuerdo su nombre, pero digamos que se llamaba Hans.

Con ese comentario tomó a Romina de la cintura y se la llevó a «bailar» entre la gente. No me queda muy claro qué es lo que intentaba hacer con esos movimientos, pero parecía más bien que estaba siendo exorcizado.

Michi y Stephan fueron alejándose de nosotros con discreción y sin darnos cuenta nos quedamos solos.

—No sabía que a las mujeres mexicanas les gustara el fútbol —comentó intrigado mi marido.

—Parece que no sabes muchas cosas hoy. —Mi voz sarcástica salió sin permiso, pero mi sonrisa tierna suavizó mis palabras.

—Sé que me vas a besar esta noche. —expresó con una actitud arrogante y muy segura que me estaba volviendo loca.

¿Será que puede leer la mente? Espero que le gusten las historias eróticas.

Solté una risa ahogada con la intención de burlarme de él y tratando de disimular los nervios que me atacaban al estar cerca de él.

—¿Yo te voy a besar a *ti*? —pregunté incrédula y alzando un poco la voz—. Y cuénteme, señor príncipe ¿cómo va usted a lograr que eso pase? —aire sarcástico, pero interesado salió junto con mis palabras.

—Con una apuesta —respondió con la mano en la barbilla después de pensar por unos segundos.

Estoy listísima para perderla.

—Soy toda oídos —expresé decidida a aceptar su oferta.

—Te apuesto a que puedo besarte sin tocarte los labios —me murmuró al oído con una voz ronca, lenta y *sexy*. Lo peor del caso es que sabía que diría eso. ¿Será que nunca había ligado antes?

—¿En serio? ¿Tan poco original? —le contesté riendo y moviendo la cabeza negativamente—. ¿También en Francia utilizan esa apuesta para ligar? Esta pasadísima de moda ya. ¿Qué me vas a decir después, que si me duele el cuerpo por haberme caído desde el cielo? —seguí burlándome—. Todo el mundo se sabe ese truco. Acepto la apuesta, cierro los ojos, te agasajas con mis labios y me dices: lo siento, perdí —continué con un tono infantil de burla y boicoteándole su jueguito—. No sabía que los franceses eran *tan* poco románticos —solté con un aire engreído intentando imitarlo—. Vas a tener que ser mucho más creativo si quieres que *yo* te bese a *ti*.

Apenas solté esas últimas palabras, entendí la estupidez que acababa de cometer. Pude haber fingido inocencia y haberme dejado besar por esos labios que parecían de seda. Sentí como una mano, imaginaria y gigantesca, me golpeaba con la palma en la frente mientras me gritaba: ¡tonta, tonta, tonta!

Su cara se llenó de frustración, pero no podía borrar la sonrisa, aunque trataba de controlarla apretando los labios con fuerza. Meses después me confesaría que fue en ese momento cuando supo que se enamoraría de mí. Era solo cuestión de tiempo y teníamos todo un fin de semana por delante.

—Seguro que tampoco sabías que las mexicanas somos más listas que las europeas —aseguré, aprovechando la pausa y cambiando mi tono por uno más travieso, con la mera intención de arreglar mi tontería—, ¿siempre te funciona ese jueguito con las niñas de aquí?

—Al parecer me espera una noche llena de sorpresas que estoy impaciente por descubrir, se sinceró, evadiendo mi pregunta—. De lo que sí estoy seguro es que los franceses somos mejores en fútbol y ganaremos este mundial sin dudar, así que no entiendo muy bien por qué recorriste medio mundo para ver perder a tu país —me cuestionó con ganas crear un conflicto juguetón. Le dio un profundo trago a su cerveza cediéndome la palabra.

—Otra cosa más que no sabes de mí —respondí con ese tono listillo que usaba con mis profesores—. Soy la única que no viene desde México, yo vivo España, pero lo más importante —continué sin dejar que me interrumpiera—, *no* vengo a ver perder a mi país, vengo a apoyarlo y a defenderlo de gente como *tú* que no sabe lo que dice, pues tenemos a «San Oswaldo» de portero y a Rafa Márquez de capitán, un e-qui-pa-zo —concluí confiada golpeando mi vaso con su cerveza intentando sacarle un brindis.

Era verdad, México había quedado en primer lugar de su grupo al clasificar. Era uno de los equipos líderes e incluso era el favorito de varios famosos como Pelé.

Nunca me ha interesado mucho el fútbol, pero sabía identificar un fuera de lugar. Aunque hay quienes aseguran que eso es imposible, que solo los hombres tienen un chip innato que puede entenderlo. Le agarré gusto cuando me di cuenta de que hablar sobre

ello me unía más a mi papá y al ver lo guapos que son algunos jugadores. Además, tenía que informarme de qué estaba sucediendo en nuestra selección antes de ir al mundial, era lo lógico; si no sería como uno de esos presidentes —no voy a decir nombres, pero empieza con «Enri» y termina con «que»—, que dan una conferencia en una feria de libros y no saben qué contestar cuando les preguntan cuál es su libro favorito... ¡qué vergüenza! Al menos documentarse y saber lo básico.

—Vamos a hacer una cosa —me declaró pensativo—, te apuesto a que Francia llega más lejos en el mundial que México. —Levantó la ceja con una actitud retadora.

—¿Sigues con las apuestas? Y a ver, ¿qué vas a querer perder ahora? —Dejé notar un tono de burla.

—¿Cómo que qué? ¡Quiero mi beso, obvio! —Miró al cielo y lanzó las manos al aire.

—¡Pero el mundial aún no empieza! ¿Vas a ir a España por tu beso? —interpelé entre risas soñando con un «claro que sí, princesa».

—¡Por supuesto que no! —Frunció el ceño. Mi sueño cayó en pedacitos al escucharlo—. Si Francia llega más lejos que México, tendrás que ir *tú* a París a darme un beso a *mí* —demandó imitando mi tono de voz y regalándome una sonrisa inesperada.

Paguiiiii... ¡Oh, lala!

Su cuerpo me roza la espalda. Sus manos se acercan a rodearme la cintura y un beso en el hombro desnudo me provoca desviar mi atención de la belleza de la ciudad desde la cima de la Torre Eiffel. Giro la cabeza despacio hasta que la barbilla me toca el hombro. Frédéric comienza a besarme por el cuello encaminándose hasta la mejilla. Me gira el cuerpo con intensidad acercándolo hacia el suyo con fuerza, pero de manera delicada. Deja caer mi espalda hacia el suelo, sosteniéndola con la mano en una imitación de los besos de Hollywood. El beso más tierno que jamás han sentido mis labios. Baile, boda, besos, más besos, sol de la Polinesia, hijos corriendo a mi alrededor, hija saltando a sus brazos. Suspiro profundísimo. ¡Qué pierda México, qué pierda México, qué pierda México!

—Y si México avanza más, ¿yo qué gano? —lo cuestioné al despertar de mi sueño diurno y aludiendo que su beso no me interesaba.

—Si tal hecho histórico llegara a acontecer —respondió con la mirada en el cielo tratando de pensar alguna ocurrencia de mi agrado—, ganarás un esclavo —expresó emocionado como un niño con una gran idea—. Iré a España y seré su esclavo una semana, señorita. La llevaré a donde usted quiera, la trataré como una reina y haré todo lo que usted mande y ordene —finalizó haciendo una reverencia con la cerveza en su mano.

¡Ay, Dios mío, por favor, qué suplicio!

Lo siento acariciarme la espalda mientras me esparce el bronceador por la piel dándome un masaje muy sensual. Las olas del mar mediterráneo se escuchan romperse a centímetros de nosotros. Se acerca para susurrarme algo en el oído, pero se distrae en el cuello y comienza a besarlo con pausas y ternura... Baile, boda, besos, más besos, sol de la Polinesia, hijos corriendo a mi alrededor, hija saltando a sus brazos. Suspiro profundísimo. Doble suspiro profundísimo. ¡Qué gane México por favor, qué gane México!

Me detuve a meditar su atractiva e inocente propuesta.

—Okey. —Estiré la mano para cerrar la apuesta, sin poder borrar la sonrisa de imbécil que se me había instalado en la cara.

Era la segunda vez que le tomaba la mano, pero la primera vez que sentía su piel comunicándose con la mía. Sentí pequeños, muy pequeños toques eléctricos recorrer mis venas, como si nuestros cuerpos quisieran conectarse, y se me enchinó desde el dedo chiquito del pie hasta el cuero cabelludo. Imposible negarlo, me estaba enamorando, tanto como una fan de una *boy band*.

La propuesta

Nos sentamos dentro del salón, en donde habíamos cruzado miradas por primera vez. Nos esperaba un par de sillas de madera que parecían sacadas de una tienda de antigüedades. Entre inocentes coqueteos y un terrible reggaetón al fondo, descubría más y más sobre la interesantísima vida de mi francés. El jardín iba quedándose vacío y la madrugada nos iba cobijando con la negrura del cielo, pero Morfeo estaba aún muy lejos de acariciar mis pensamientos.

Con amarga sorpresa, noté que *mi* Isle of Skye se había terminado ya. Nadie más había probado el *whisky*, pues los invitados se habían inclinado hacia el exótico tequila, razón por la cual me sentí un poco alcohólica. Yo solita me había empinado una botella entera de tan fino escocés y lo peor es que seguía en pie y con mis cinco sentidos. Supuse que gracias a la calidad del mismo y a que me lo tomé con pausas no había hecho tanto efecto en mi sobriedad, así que dejé de sentirme mal y continué refrescando mi boca con las cervezas heladas que el guapo y generoso anfitrión, nos había compartido.

Frédéric, con su voz ronca de tanto fumar, me contó que había nacido en Estrasburgo, Alsacia, justo en la frontera entre Francia y Alemania, pero a los siete años empezó su vida nómada. Su padre trabajaba para el gobierno y por ello cada seis años lo reubicaban de ciudad. No le había sido fácil. Pasó su vida haciendo nuevos amigos en diferentes escuelas, dejando todo atrás y empezando de nuevo. Hasta que a los dieciocho años decidió estudiar negocios y se mudó a Alemania, de donde era su madre. Ahí conoció a Stephan y a Michi.

La arrogancia con la que me sedujo al principio se había desvanecido y ahora quedaba un Frédéric simpático y abierto, interesado en introducirme en su vida poco a poquito.

Lo escuchaba llena de interés y alternando la mirada entre esos ojos grises y su boca comestible. Cuando la gente habla me gusta verle los labios y no los ojos. Tal vez soy rara, pero me gusta ver cómo la boca juega con los dientes y la lengua, para expresar ideas provenientes del corazón o la cabeza. Además de que la voz sale de ahí y, por lo tanto, mi atención se concentra en ese punto. Sin embargo, Mario, mi amigo genovés, me recomendó mirar a los ojos de la gente, sobre todo a los hombres, pues además de que es «lo correcto», puede malinterpretarse como ganas de besar.

Soy incapaz de darme cuenta en dónde enfoco la mirada, hasta que tengo unas ganas terribles de besar y no quiero ser descubierta. Intentaba concentrarme en los ojos y así tratar de disimular, lo más posible, mi

incontrolable deseo de comerme a mordiscos esos labios carnosos y delineados. Eso no ayudaba mucho tampoco, tenía unos ojos hipnotizantes. Había mucho más por detrás de ese color suave y perfecto. Era su mirada la que me hacía sentir desnuda. Decidí mejor enfocarme en el entrecejo, justo donde comienza la nariz, para poder así concentrarme en sus palabras y seguir una conversación sin parecer una quinceañera hablando con su ídolo.

Me sentía en confianza total con él, no había poses falsas, hablábamos con tal naturalidad y sinceridad que, si a alguien se le hubiera soltado un gas ruidoso y oloroso, no nos hubiéramos sorprendido.

Ricárd, el amigo y copiloto de *Fede* —como lo empecé a llamar con afán travieso—, se había unido a nuestra conversación, amenizándola aún más con sus divertidos comentarios y su personalidad bromista. Yo suelo ser muy simple y río con cualquier cosa, pero he de confesar que la alegría del momento, la compañía, y por supuesto el Isle of Skye, me hacían más difícil controlar las carcajadas, que salían desde lo más profundo de mi alma sin bloqueos. Reía con todo mi cuerpo como los bebés: naturalmente, sin poses y sin intentar ser una *señorita*. Justo como me lo habían prohibido mis (pesadas) tías.

El frío empezaba a anunciar el alba y escondí mis pies descalzos bajo los muslos de mi francés con el fin de resguardarlos, pero no me molesté en preguntar si me lo permitía. El hecho interrumpió una de sus divertidas anécdotas de la época universitaria y su mirada se dirigió hacia mis pies. Su cara confundida y su silencio me hicieron reaccionar, sacándolos de su escondite de inmediato. Los puse en el suelo de nuevo. Le pedí disculpas con una mueca infantil en la boca, me encogí de hombros y abrí los ojos como un par de platos. No hacían falta las palabras.

Se levantó de la silla con la cara seria, se quitó la chamarra y la puso sobre mis hombros. Se sentó, y con una actitud tierna, casi paternal, se agachó para tomar mis pies del suelo y se los puso de nuevo entre las piernas y la silla, tratando de sentarse sobre ellos de manera delicada.

—¿Mejor? —preguntó con un tono de preocupación y frotando mis piernas para calentarlas.

Me acerqué arrastrando un poco la silla con mi cuerpo, para no mover los pies de su escondite y le di un beso tierno en su delicioso cachetito que duró un poco más de lo normal. Intentaba demostrarle mi enorme agradecimiento (y sentir más de cerca su piel).

—Te dije que me besarías hoy —alzó las cejas con satisfacción y altanería después de recibir el beso.

—¡Cállate! —le contesté entre risas y negando con la cabeza.

—Puedes poner los pies bajo mis piernas también, si quieres —interrumpió Ricárd con una sonrisa traviesa—, siempre y cuando venga con beso.

Al escucharlo, Frédéric frunció el ceño, me tomó de las piernas con más fuerza y se sentó sobre mis pies con todo su peso.

—*Noup*, estos pies se quedan conmigo —dijo con la actitud de un niño de primaria que no quiere compartir su *lunch* en el recreo.

—¡Ven aquí!

Lo jalé del brazo acercándolo hacia mí. Le di un beso exageradamente tronado en el cachete regordete y le acerqué el mío mientras lo golpeaba con mi dedo para señalarle dónde debía tronar su beso para mí.

—¡Suertudo! —dijo Fede, volteando la cara de manera dramática y con un puchero de lo más tierno al ver a su amigo besarme—. ¿Por qué él sí puede besarte y yo no? —preguntó aún sin mirarme.

—Ya lo dijiste tú, al parecer él tiene más suerte. —Acaricié orgullosa el cachete que acababa de ser besado por su amigo, para seguir amarrando navajas, mi especialidad.

Entre anécdotas y cervezas, las estrellas habían desaparecido ya. El azul del cielo iba dejando atrás su tono oscuro aclarándose y dándole más luz a nuestra velada. La música paró de repente. Lo escuché suspirar y por un momento me emocioné al pensar que él tampoco quería que la noche terminara.

—Creo que es hora de irnos a dormir —sugirió Ricárd con voz decepcionada al levantarse de la silla.

—Voy a poner mi tienda de campaña en el jardín, ¿me ayudas? —me preguntó Frédéric esperanzado.

—Nunca he armado una tienda de campaña —le confesé apenada mientras jugaba con mis rizos—, seguro que será divertido verme intentarlo. —Me solté el pelo de la coleta que lo aprisionaba y me levanté de la silla para seguir sus pasos.

Al salir al jardín vimos cuatro tiendas de campaña ya resguardando del frío a algunos de los invitados. Fuimos a su coche por la suya. Abrió el maletero, sacó una pequeña bolsa verde y la dejó caer sobre el suelo. Cerró la cajuela y se sentó en ella de un salto. Me invitó a subirme sobre esta golpeándola, como quién invita al perro a subirse al sofá. Su mirada enfocada en el cielo. Miré los colores de las nubes distantes y entendí su punto, así que, en vez de ofenderme por su gesto, tomé un impulso y me senté a su lado.

Recargamos la espalda sobre el vidrio trasero para ver con detalle el amanecer con los tonos rosas y anaranjados que nos regalaba el cielo. No dijimos palabra, pero no era necesario. Sentí su mano cerca de la mía y esa electricidad anterior volvió a intensificarse. Su dedo meñique acariciaba el mío con suavidad. No hacía falta hablar, ni mirarlo. Ni siquiera hacía falta un beso, aunque hubiera dado mi reino de aguacates por sentir sus labios en mi piel, el momento era es-pec-ta-cu-lar.

Después de unos minutos regresamos a buscar un lugar apropiado para que pasara la noche. Escogió un espacio más o menos apartado de los ronquidos estereofónicos provenientes de una de las carpas y también alejado de la *pista de baile* para que no estorbara la noche siguiente.

No habría imaginado lo difícil que es montar una tienda de campaña, me es fácil entender por qué hoy en día son tan populares esas carpas instantáneas que en dos segundos están listas, ahorrándote esfuerzos innecesarios. Además de que las cervezas ingeridas durante la noche no ayudaban mucho, Frédéric tampoco era experto en el armado de tiendas y terminó acercándose Ricárd a echarnos una mano.

En realidad, no ayudé mucho, seguí indicaciones de poner un palo ahí y otro allá, pero todo el proceso fue tan divertido que lo hubiera hecho cada noche, aunque esta vez tuve que acallar mis risas para no despertar a los bellos e

internacionales durmientes.

Al terminar nuestra obra maestra, Frédéric fue hasta el salón y regresó con dos cervezas bien frías. Su amigo entendió la indirecta al ver que él no había sido incluido y se despidió dándome un par de besos bien tronados.

Mi Fede me invitó a entrar en su tienda para tomarnos la última sin pasar frío. La curiosidad de nunca haber estado dentro de una, más la necesidad que sentía de pasar tiempo con él, me convencieron de aceptar su oferta.

—La última y me voy. Es tardísimo —aseguré.

—O tempranísimo —me repeló, ayudándome a entrar.

Era una carpa muy pequeña, como para una o dos personas a lo mucho y sin maletas. Nos introdujimos casi a gatas y una vez dentro nos sentamos encorvados para no pegar con las paredes. La imagen por sí misma daba risa, aunque no sé si reía por ello o porque me encantaba el hecho de saber que él tampoco quería que terminara la noche.

Frédéric trató de abrir una de las cervezas dándole un giro a la tapa y se dio cuenta de que no eran de rosca. Hizo un gesto de descontento con una mueca infantil, bajando los brazos al suelo con fuerza y decepción. El abridor se encontraba muy lejos de nosotros y suponía salir de la carpa de nuevo.

Tomé la botella de sus manos y la metí en mi boca despacio. Puse la corcholata entre mis muelas y con un ligero movimiento hacia arriba destapé la cerveza alemana con una facilidad increíble. Se la ofrecí sonriendo aún con el tapón entre mis dientes. Obvio que no era la primera vez que lo hacía. Sin temor a equivocarme, puedo asegurar que para ese entonces llevaría al menos siete años de práctica. Siempre que se me ocurría hacer mi *gracia* en alguna fiesta o reunión social, gritos entusiasmados, sorpresa, emoción e incluso aplausos llenaban el lugar, pero esa vez fue diferente.

Frédéric tenía la cara congelada, los ojos abiertos y la cabeza paseaba de un lado a otro con movimientos muy cortos. Se pasó la mano por el pelo aún con los ojos cargados de incredulidad, tomó la cerveza de mis manos sin quitarle la mirada a la boca de la botella. Me miró fijamente y pronunció dos palabras que se quedarían impregnadas en mi memoria para siempre:

—¡Cásate conmigo! —Parecía que la propuesta le había salido desde el fondo del alma.

¿Cuándo? ¿Mañana?

Su comentario me hizo soltar una carcajada, pero caí en cuenta de los vecinos y me tapé la boca con las dos manos. Negué con la cabeza. Le arrebaté la otra cerveza y repetí el proceso. Su cara seguía mostrando escepticismo.

—Eres perfecta —me confesó con el mismo tono de sorpresa y sinceridad de antes que me derritió por completo.

—Lo sé —le contesté con una sonrisa tierna y acercándole mi botella para brindar con él—, así me hizo Dios —completé sin modestia. Chocamos las botellas sonriendo sin quitarnos los ojos de encima. Al parecer los dos estábamos al tanto de esa maldición de siete años de mal sexo al brindar sin mirar a los ojos, y temíamos que cayera sobre nosotros.

Le di un pequeño, muy pequeño sorbo a mi cerveza con la intención de alargar la noche lo más posible, pero sabía que el final estaba cerca. Temía que, al día

siguiente, toda la magia desapareciera como le pasó a la pobre Cenicienta.

Me invitó a que me acostara sobre sus piernas y seguimos con el *chit chat*. No es que estuviéramos hablando del clima, pero tampoco era muy profunda nuestra conversación. Me preguntó por qué vivía en España y cuáles eran mis sueños. Enfoqué mi respuesta en mis metas profesionales, para no revelarle los alcances de mi imaginación en las playas de la Polinesia. Hablamos sobre París y lo poco que le sorprendía la Torre Eiffel. Me contó que los locales no le tienen mucho aprecio, aunque las vistas desde la punta son impresionantes.

—Cuando pierda México, te llevaré a conocer los secretos mejor guardados de París.

Sus palabras hacían que me latiera el corazón sin ritmo: rápido, lento, rápido, rápido, lento, rápido, muy rápido, lento, lento... ¡Una locura!

Terminé mi cerveza y con muy pocas ganas le dije que era hora de irme. Si seguía escuchándolo, no podría seguir aguantando las ganas de robarle un beso.

—No, no te vayas, quédate aquí. —Apartó las botellas vacías hacia una de las esquinas de la tienda y me tomó la mano—. Duerme conmigo.

—Tengo una deliciosa cama con un edredón grueso y limpio esperándome en uno de los cuartos de invitados. Lo siento, pero tu oferta no es nada, *nada* tentadora —mentí con todos mis dientes para disimular mi total y absurdo enamoramiento. Me recogí el cabello en una cola de caballo y me dirigí hacia la puerta.

—Llévame contigo entonces o, ¿me vas a dejar aquí solo con este frío, durmiendo sobre el suelo duro? —Lo golpeó con la palma de la mano y puso los más tiernos y jamás vistos ojos de cachorro pidiendo comida.

Lo miré con cara enternecida, puse mi mano sobre su mejilla y supe que tendría que besarlo. Mi mano encajaba a la perfección con su mentón y bastaba un leve movimiento para acercarlo a mí y unir nuestros labios. Me resistí a la tentación y le acaricié el cachete con el pulgar negando con la cabeza.

—Lo siento, pero mi cama es muy pequeña y al llegar me dijeron que eran solo para mujeres. Como te dije antes: no creo que tengas tanta suerte. —Le guiñé un ojo y salí de su tienda con un suspiro atravesado en el pecho.

Hiciste bien Alex, hiciste bien.

No puedo negar que me hubiera encantado que me convenciera, que tratara de besarme o que saliera corriendo tras de mí, pero sabía que eso no era lo correcto. Lo bueno siempre se hace esperar (dijo nunca nadie).

Me fui caminando hasta mi cuarto abrazándome y frotándome los brazos para calentarme del frío que envolvía el amanecer. Me estaba arrepintiéndome con cada paso que daba, pero regresar me daba vergüenza.

A Romina y a mí nos habían acomodado en un pequeño departamento externo que tenían a la vuelta del jardín. Al llegar a él terminé de arrepentirme por no haber aceptado su encantadora propuesta, pues las cuatro camas estaban tomadas ya. Hans dormía con toda la desfachatez de la comodidad en la que debía de ser mía y lo maldije por no haberse acostado en el suelo como

Michi, quien dormía bloqueando todo el paso. Más que roncar parecía que un león dormía dentro de él.

Lo salté como pude tratando de no pisarlo y empujé a Romina un poco para que me diera espacio y poder dormir a su lado.

Se despertó y se sorprendió de repente, pero pronto entendió lo que estaba sucediendo. Me vio y estiro su brazo para abrazarme con él. Me acosté en posición fetal, descansando mi cabeza sobre su hombro. Suspiré al escuchar de nuevo en mi mente esas dos palabras que sentía me habían transformado la vida: *cásate conmigo*. Sonreí y me dejé envolver por Morfeo.

Esa fue la primera vez, poco sabía yo que, durante mucho tiempo, siempre pensaría en él antes de dormir.

¡Buenos días, Alemania!

—Vieja, despierta —me murmuró Romina al oído.

Abrí un ojo y le vi una sonrisa enorme en la cara. Ella seguía moviendo mi hombro derecho y el sol se colaba entre las finas persianas.

Si alguien inventara un concurso, así como «¡El despertador de México!», en el que se seleccionaran veinte participantes y se les despertara a cada uno por la mañana de forma abrupta, con el fin de ver quién se levanta de mejor humor por las mañanas, Romina y yo le ganaríamos al mundo con un empate muy legal, sin sarcasmo.

No soy una persona mañanera, me tardo años en espabilar y amo, amo, *amo* los seis minutitos extras que me regala el botón de *snooze*. Casi siempre, se vuelven treinta y eso es lo que amo aún más. No tomo café, así que no soy persona durante la primera hora del día. Voy por el mundo entendiendo la mitad de lo que se me dice, pero todo esto lo hago de tan buen humor que parece que me cené un payaso antes de ir a la cama. De cualquier forma, esa era una mañana por demás hermosa.

Me encontraba en un país nuevo con una de mis mejores amigas. El sol brillaba, los pajarillos cantaban. Solo me hacía falta salir a hablar con las ardillas. «*Cásate conmigo*».

Inhalación de un suspiro...

Despertar representaba que lo vivido la noche anterior no había sido un sueño. «*Cásate conmigo*».

Más profundo...

Recordarlo me hizo soñar de nuevo con esos hijos rubiecillos y ojo azulados.

«*Cásate conmigo*».

Exhalación.

—¿Qué hora es? ¿Qué plan? —le pregunté sonriente a mi amiga despertadora. Me estiré cual gato, como cada mañana, pero esta vez sin quitar la sonrisa de los labios y soltando un par de gemiditos agudos.

—¡Alguien parece estar muy contenta hoy, eh! —dijo mi Romas intrigada y sonriendo de manera traviesa—. Son las nueve hermosa, espabílate y cuéntamelo to-do —completó mientras se acomodaba en la cama, tallándose las

manos cual mosca.

Noté que tenía el pelo mojado y que no llevaba ya pijama. Los pequeños *shorts* de mezclilla con los que había decidido vestirse se le entallaban a la perfección alrededor de sus redondeadas pompas regordetas y la camiseta blanca con dos flores coloridas estampadas en el pecho le daban un *look* muy veraniego y casual.

—No, espera, pero ¿a dónde vamos? ¿Cuál es el plan? —le pregunté una vez más aún amodorrada sin entender muy bien lo que estaba pasando. Me senté en la cama y me escombré los lagrimales de sus pequeñas lagañas.

—¡Ah, sí, es cierto! Con la emoción del chisme casi se me olvida. Vamos a ir a conocer el centro de Fráncfort. Daremos una vuelta por ahí, comeremos juntos y después regresaremos a ver la inauguración del mundial aquí en el jardín. Traerán un proyector y todo, se oye bien. Apúrate ándale, yo ya me bañé. —Me dio unas palmaditas en las piernas y se levantó de la cama.

—¡Súper plan! ¿Oye y sabes si va mi *marido*? —le pregunté muy optimista.

—Ay, mi Alex, no tengo ni idea —me dijo un poco desilusionada—, ahorita en el desayuno no estaba ¡por cierto, apúrate que te vas a quedar sin desayunar! —me dijo dándome otro par de golpecitos.

Despertar con el desayuno preparado siempre es una gran motivación. Esos alemanes nos estaban malcriando demasiado. Pero había que aprovechar, pues dentro de unos días estaba segura de que nos tocaría dormir en el suelo y desayunar restos de pizza fría. Con eso en mente di un salto fuera de la cama y otro dentro de la regadera.

Dejé que el agua templada —casi fría— de la pequeña regadera alemana, cayera sobre mi cuerpo llevándose con ella mi sueño, el olor a aeropuerto, autobús y tren acumulado bajo mi ropa.

«Cásate conmigo».

¡Basta, Alex! Piensa en otra cosa.

...

No podía deshacerme de esas dos palabras que seguían resonando en mi mente como un poema de amor.

«Cásate conmigo».

¡Basta! ¡Basta!

...

«Cásate conmigo».

¡Joder!

Mientras llenaba mi cabeza de espuma se empezaron a refrescar mis pensamientos y caí en la cuenta de que llevaba un día entero sin bañarme. Había llegado del viaje directito a darle a las salchichas y a la cerveza y tras un par de estas olvidé por completo mi apariencia. Llevaba pants negros deportivos, unas sandalias Havaianas y una camiseta roja muy holgada por la que uno de mis hombros se asomaba sin permiso.

De seguro que también tenía los pelos de náufrago. ¿A quién se le ocurre viajar tan cómoda a un país abarrotado con rubios hechos a computadora?

Aunque es bien sabido que las primeras impresiones jamás se olvidan, quise

borrar lo que debió haber sido una mala, *muy mala* impresión, con un atuendo coquetón, pero muy casual para que no se notara mucho lo coquetón. Así que saqué —con mucho trabajo— unos cuantos trapitos de mi mochila.

Estoy segura de que la persona que inventó las *backpacks* fue un hombre con muy poca ropa. Es de las cosas más inconvenientes para una mujer, por no decir para el mundo entero. Solo tiene una abertura por arriba y para sacar algo de abajo hay que vaciarla por completo. Ni siquiera se puede ver lo que hay dentro. Además, la espalda termina hecha añicos, en fin, una verdadera patada en los hue... sos.

Me asomé por la ventana del pequeño apartamento y pude ver un sol radiante sobre un cielo azul claro con apenas unas pelusas formando un par de nubes muy a lo lejos. Escogí una blusa amarilla sin mangas, una falda de mezclilla casi hasta las rodillas con una corta abertura de lado derecho y unas bailarinas blancas. No era muy llamativo, más bien quedaba en perfecta armonía con el verano.

Me dejé mis chinos al aire y los moldeé con un poco de aceite para el pelo, para que no se hiciera como una melena de león. Me puse un poquito de rímel y salí súper hambrienta a reunirme con la demás banda.

Apenas habían pasado quince minutos desde que Romina me despertó, pues una de mis más grandes cualidades (admirada por hombres y mujeres) es la rapidez con la que estoy lista. Triste y simple, pero cualidad al fin. Además, me comían las ansias por ir a reunirme con mi príncipe azul, para qué mentir.

Al salir al jardín pude reconocer a mi Frédéric en un instante, aunque lo único que podía ver era su ancha espalda, sabía que era él. Era como si pudiera olerlo. Como si fuera un vampiro acechando al humano delicioso que desayuna cerca.

Estaba sentado en una mesa tipo picnic en la entrada del jardín, listo para empezar a desayunar, y rodeado de otras siete personas. Me entraron unos nervios muy adolescentes. Decidí detener un momento mis pasos para dejar que el reciente tono rojo de mi piel bajara un poco su intensidad.

Me quedé embobada mirando su perfección. Si se hubiera podido buscar en una enciclopedia «el hombre perfecto para Alejandra Jáuregui», sin duda su foto habría ocupado toda la hoja.

Parecía estar rondando los veintiocho años. Los rayos indiscretos del sol, hacían que unas cuantas canas, muy a lo George Clooney, se le asomaran de entre el castaño oscuro de su pelo. Llevaba puesta una camiseta negra —que ansiaba quitarle—, unos jeans azules —que me provocaban la misma ansiedad— y un par de tenis negros (esos se los podía dejar puestos). Me atrevería a decir que su *look* era todavía más casual que el mío, pues me pareció que ni siquiera había visto un cepillo de pelo.

Lo vi remangarse la camiseta, dejando a la vista la bandera de Francia. Se la había pintado como un tatuaje, muy cerquita de su hombro y a mí se me antojaba borrársela a lamiditas.

El sol estaba ya calentando el ambiente, pero lo mejor era que sus rayos lo alumbraban, haciéndolo brillar aún más.

Decidí que era el momento de acercarme, nada peor que perder tiempo valioso que podría usar a su lado por estar babeando detrás de un arbusto.

No puedo negar que me acerqué con miedo a que se hubiera roto el hechizo

regalado por un hada invisible, y que, al despertar, mi príncipe francés se hubiera vuelto un sapo arrogante del que solo podría saborear sus ancas.

—*Guten Morgen* —le susurré al oído los buenos días en alemán, interrumpiendo la danza con la que untaba la mantequilla sobre un pan negro típico de allá.

—Ahora *sí* que son buenos. —Giró su cuerpo para verme de frente. Me parecía que la voz se le había hecho aún más sensual en unas horas.

Un calorcito llenó mi pecho al escucharlo tan encantador como antes. Y la sonrisa de imbécil, que se había manifestado el día anterior, decidió hacer acto de presencia.

Se puso una mano arriba de las cejas para cubrirse el sol, y la mirada que acompañó su sonrisa torcida me congeló. Le gustaba lo que veía y me lo hacía sentir de una manera que jamás había experimentado. Como si sus ojos estuvieran besando los míos con pasión y con pestañas incluidas. Era una delicia que no podía parar. Corrijo, no *quería* parar.

Podría haberme quedado así, mirándolo por horas y horas. Por desgracia, se desconectó de mi vista corriéndose hacia un lado del largo banco en donde estaba sentado y me señaló, con esos ojos atolondrantes, que me sentara a su lado. Más que una invitación, era una orden que acepté sonriente. No había nada que pudiera negarle a ese tormento gris.

Me senté dejando el banco entre mis piernas como quien monta un caballo y seguí dándole los buenos días a todos los que estaban en la mesa. Me pareció ver algunas caras desconocidas y no supe si era gente recién reclutada o si me había quedado tan afrancesada que había olvidado socializar con el resto de la fiesta.

—¿Quieres jugo o café? —preguntó mi Fede interrumpiendo mi cuestionamiento mental y ofreciéndome el pan tostado al que había terminado de vestir con mantequilla.

—Juguito porfas, no tomo café y me encanta el jugo de naranja recién exprimido —le contesté con un tono mimado y sonriéndole en agradecimiento—. *Mmmmmm*, gracias que *deli*. —Le di un mordisco al pan, paseando la lengua por mis labios.

Lo vi pausar sus acciones unos segundos para concentrarse en el jugueteo de mi lengua, pero al darse cuenta de que lo observaba, disimuló, enfocándose en el pan sin mantequilla en sus manos.

Mi atención voló sobre la mesa, donde había un sinfín de mermeladas hechas a mano por la abuela de Stephan y como resultado de los frutos del pequeño huerto a orillas del jardín. Era una fiesta de colores, extendida por todo lo largo. Había unos tazones enormes con huevos revueltos mezclados con jamón, salchichas, champiñones y cebollín. Al menos tres tipos diferentes de pan, embutidos y una gran cantidad de jugos naturales.

—¿Cómo dormiste en tu *comodísima* cama? —Su tono salpicado con un poco de sarcasmo.

—¡Cómo un lirón! —le respondí feliz antes de zamparme el pan con una cucharadota de huevos revueltos por encima—. *¿E té?* —pregunté con la boca llena intentando decir «y tú». Cerré los ojos para deleitarme con todos mis

sentidos de aquella explosión de sabores en mi paladar.

—¡Me encanta ver cuando la gente disfruta comer! —Ignoró mi pregunta anterior y reacomodó su pierna para sentarse igual que yo, quedando frente a frente.

Era verdad, había pocas cosas en la vida que disfrutaba tanto como comer. Para mucha gente es solo combustible, pero para mí siempre había sido un verdadero placer y se hacía muy notorio al cerrar los ojos en cada bocado y por los constantes «mmmmmm» que provenían de mi garganta.

—Es que está todo *buenísimo* —le repelé antes de darle otro mordisco a mi pan y soltando otro «mmmmmm» exagerado, mientras cerraba los ojos y alzaba la cara hacia el cielo azul y despejado.

Le acerqué a su boca mi tosta de huevo para reafirmar mi comentario y después de morderlo soltó un «mmm» que no me sonó muy sincero.

—Cuando gane la apuesta te voy a hacer una cena típica francesa —comentó concentrado en mi deleite—, para que veas lo que, de verdad, es bueno.

¡Este hombre me quiere matar!

Sentada sobre una mesa cuadrada para cuatro personas cubierta con un mantel largo. Frente a mí una silla vacía y un par de candelabros. Dos copas de vino medio llenas y música francesa de fondo amenizando nuestra cena. Frédéric sale de la cocina con un recipiente en la mano al que no le presto mucha atención, solo puedo ver sus ojos brillando como nunca. Pone la comida sobre la mesa y antes de sentarse me regala un beso seductor en los labios.

—Espero que te guste —dice sentándose en la mesa.

¡Ohhh lala! Baile, boda, besos, más besos, sol de la Polinesia, hijos corriendo a mi alrededor, hija saltando a sus brazos. Suspiro profundísimo. ¡Que pierda México por favor, que pierda México!

No hay nada más *sexy* que un hombre que sepa cocinar, pero esos sueños diurnos me atacaban con tanto afán que estaban por convertirse en pesadillas.

—No te preocupes que si pierdes la apuesta también te tocará hacerme de cenar. Acuérdate que serás mi esclavo —Intenté disimular la emoción provocada por su comentario anterior.

Soltó una risa entre dientes y negó con la cabeza.

—¿Vas a ir a pasear al centro? —Cambió de tema sonriendo y pintando otro pan con mantequilla.

—*Seeee* —afirmé emocionada con la boca llena—, es mi primera vez en Alemania y quiero verlo todo. —Lancé los brazos al aire para intensificar con mi gesto el *todo*.

—Mis amigos no quieren ir porque ya lo tienen muy visto y ya no hay espacio en los otros coches. Si me llevo el mío ¿vienes conmigo? Me encantaría enseñarte *mi* Fráncfort. —Me acercó a la boca otro pan tostado cubierto de huevo. Cosa que agradecí pues sentía que no podía mover mis manos por el temblor que le ocasionaban sus palabras a mis seis sentidos.

Su Fráncfort, quería enseñarme *su* Fráncfort. Tal vez no significaba nada, pero esa sensación de adolescente enamorada se apoderó de mí otra vez, pintándome de rojo la cara.

—Vale, así cuando pierda Francia y vayas a España yo también te enseñaré

mi Salamanca —le dije con un tono burlón, para contener las ganas de desayunármelo.

—Claro, tú sigue, sigue, total, soñar es gratis —me dijo de manera arrogante al rellenar mi vaso con más jugo fresco.

Era cierto, si cobraran por soñar, ya le hubiera pasado la factura.

Dejó el vaso de jugo cerca de mí y puso sus manos sobre el banco entre sus piernas. Se acercó a mí de tal manera que solo el pan que tenía en mis manos a la altura de la boca se interponía entre nosotros.

Pensé que querría probar el sándwich que él me había preparado, pero antes de que pudiera ofrecérselo me robó un bocado; asustándome al ver que su mirada sería se intensificaba.

—Que quede claro que la apuesta *no* es una broma —me dijo masticando y sonriendo a la vez, atenuando la seriedad de su mirada—. Los franceses nos tomamos estas cosas *muy* en serio. Si pierde México y no vas a París, *le Croque-Mitaine* te visitará mientras duermes y se comerá tu nariz —me la tocó con su índice— y los dedos de tus manos —me murmuró con misterio, como quien cuenta una historia de miedo.

Supuse que en Francia también usaban el personaje de *el Coco*, para asustar a los niños. Al parecer este era más terrorífico que el mexicano, el cual solo sale de abajo de la cama para jalarles los pies si se portan mal. A juzgar por sus palabras, en Francia este acto no es suficiente para controlar a los niños mal portados y hacen uso de una técnica un tanto más gore.

—¿De verdad? —le pregunté con la cara aterrorizada. Me toqué la nariz con las dos manos—. ¡Guácala! ¿Y se come los mocos? —Hice una mueca de total repulsión. Un tono y un comportamiento de lo más infantil se apoderaron de mí.

Era la primera vez que mi francés escuchaba la palabra *guácala* (típica expresión de asco en América Latina). Le pareció tan graciosa que soltó una carcajada.

—¡Me encanta! —dijo aún riendo—, guá-ca-la —repitió intentando imitar nuestro acento, pero sonando más como un triste Speedy González que como un verdadero mexicano.

Comencé a reír también, no sé si por puro contagio o por la inmensa felicidad que sentía en el pecho al estar a su lado. Continuó riendo un momento más y de pronto se puso muy serio. Aclaró su garganta y se acercó tanto, pero tanto, que pensé que se había vuelto el Coco francés y se comería mi nariz.

—Hablando en serio —expresó en un tono pausado—, me encantaría que perdiera México. —Su mirada quedó fija en mis ojos y nuestras narices se rozaron.

Sonreí sin moverme, perdiéndome por completo en el momento que nos envolvía y hasta cerré los ojos unos segundos como esperando un primer beso.

—¿Qué hacen, niños? —Saltó Romina de la nada, cual payaso en una caja de sorpresas.

—¡Güey, no inventes! ¡No me saques estos sustos tan temprano que me va a dar diabetes! —Me llevé una mano al pecho.

Frédéric también había brincado un poco, como quien tiene hipo, estábamos tan hipnotizados que parecía que nos habíamos metido en una pequeña burbuja y mi adorable amiga la había reventado sin compasión.

—¡Perdón! —se disculpó después de soltar una carcajada—, tenía que interrumpir porque nos vamos ya, ¿o te quedas? —Me sonrió y levantó una ceja.

—No —contestó mi francés cuando le cedí la palabra con la mirada—, vámonos, por cierto, soy Frédéric. —Le ofreció la mano.

—Sé perfecto quién eres, corazón. —Ignoró su mano y se lanzó a darle un beso y un abrazo que lo tomó por sorpresa—. Puedes decirme Roma, Romis, Romas, como quieras —mencionó aún entre sus brazos.

Un paseo entre las nubes

Salimos hacia el centro de la ciudad en una caravana de seis coches. Romina y Hans decidieron venir con nosotros, aunque les advertimos que al regreso tendrían que buscar otro coche. En cualquier momento nos separaríamos de la banda para que Fede me enseñara *su* Fráncfort. No tenía ni idea de a dónde me llevaría, de momento me era suficiente saber que quería sorprenderme. Lo demás daba igual.

Mi francés nos abrió la puerta de su Peugeot verde, como todo un caballero. Romina tomó el asiento detrás suyo y yo el del copiloto. Me disponía a jalar el cinturón de seguridad para abrochármelo, pero Frédéric me detuvo.

—Espera, espera, espera. —Se abalanzó sobre mí— Tiene truco, yo te ayudo.

Su cuerpo casi arriba del mío. Con una mano intentaba arreglar algo en los orígenes del cinturón a un lado de la ventana y la otra me electrificaba el hombro. Su cara justo frente a la mía, que mantenía los ojos abiertos expresando sorpresa.

Estaba tan cerca que podía oler sus pensamientos. Me sonreía sin enseñar los dientes, de una forma presuntuosa. Sentía que se me saldría el corazón de su sitio en cualquier momento.

Olía delicioso. Se me antojó cerrar los ojos para disfrutar sin distracción ese olor tan masculino entre madera y bosque. Me contuve de hacer gestos insinuantes y decidí mejor aguantar la respiración por un momento. Tardó solo unos segundos estando tan cerca de mí, pero lo sentí como días de invierno. Regresó a su lugar y arrancó el coche sin quitarme la mirada de encima. Solté la respiración de golpe. Eso sonó como un suspiro exagerado, y, tal como le pasaría a una quinceañera, la sangre me subió hasta los cachetes de nuevo, avergonzándome por dejar expuestos mis sentimientos.

Era impresionante la atmósfera amigable que había en el ambiente, me sentía tan en confianza que encendí el radio como si fuera mi coche. Sin preguntar me deslicé hacia abajo en el asiento. Con descaro, subí los pies descalzos sobre el tablero dejando que los dedos del pie —con las uñas barnizadas en rosa— se asomaran un poco por la ventana, tocando el espejo lateral para refrescarme de los bochornos que junio nos ofrecía.

—¿Puedo? —Moví los dedos de los pies de manera juguetona y dibujé una sonrisa típica de un adolescente que pide permiso después de haber hecho su travesura.

—¡Puedes hacer lo que tú quieras! Estás en *tu* coche.

Después de que aprobara mi actitud, seguí cambiando la radio con más confianza aún. Paré al escuchar la canción *Crazy* de Gnarl Barkley. Empezamos

a cantarla casi al mismo tiempo, me quedé callada para escucharlo y después comenzamos a corearla en plan dueto. Parecía como si nos la estuviéramos cantando el uno al otro.

Nos alternábamos el coro como si lo hubiéramos ensayado antes y actuábamos llevándonos las manos al pecho sin borrar nuestras sonrisotas. Lo apuntaba con el dedo cada vez que la canción decía «I think you are crazy» (pienso que estás loco) y él hacía lo mismo cuando le tocaba cantar su parte.

Nuestro increíble numerito musical le pareció la mar de divertido a nuestros pasajeros, por lo que decidieron seguir nuestros pasos y en segundos nos convertimos en un cuarteto. Durante la siguiente media hora continuamos pegando alaridos de los mejores éxitos musicales (del 2006). La que nos hizo el día fue *My humps*, cuando Fede y Hans se comenzaron a toquetear el cuerpo como si tuvieran grandes y femeninas protuberancias, dejándonos ver la parte menos *sexy* y más graciosa de sus personalidades.

Llegamos al centro de la ciudad con dolor de estómago de tanto reír. Bajamos del coche y nos incorporamos con el resto del grupo dispuestos a ver las maravillas de la ciudad.

La vista de los enormes rascacielos me interrumpió la risa con un *wow* que salió de manera espontánea. Con solo un vistazo me quedó claro porque suelen llamarle «Ma[i]nhattan». El *skyline* que se concentra en el centro de su gran metrópoli tiene los rascacielos más altos de toda Europa. Eso, aunado al río Main —que atraviesa la ciudad, dando pie a puentes y paisajes típicos de postal—, hace que la comparación con Nueva York sea inevitable.

Me quedé mirando los altísimos edificios, contrastando con el azul del cielo despejado en su totalidad. Sin darme cuenta de que me quedaba sola. La gente comenzó a caminar, pero Frédéric se quedó a mi lado analizando la emoción con la que observaba mi entorno. Parecía niña chiquita dentro de una casa de muñecas.

El mundo que apareció ante mí, tenía un encanto sin igual. Miraba para todos lados envuelta en una absoluta sorpresa. Hubiera sido imposible llevar la cuenta de los *wows* que saltaban de mi boca con cada nuevo movimiento de cabeza. Parecía como si nunca hubiera salido de casa.

—No tienes ni idea de cómo me en-can-ta que todo te sorprenda. —Me abrazó por la cintura guiándome hacia donde nos esperaban los demás. Empecé a caminar sin dejar de mirar a mi alrededor, pero ahora junto con la nueva sonrisa que Frédéric me había plantado en la cara.

Había tanta gente que era imposible caminar con fluidez, pero nadie tenía prisa ni rumbo. Nos dejamos llevar por la corriente. El ambiente era muy fiestero por doquier.

Llegamos al casco histórico y nos encontramos con una sorpresa que nos dejó a todos boquiabiertos. En cuanto entramos a la plaza de Römerberg, lo más turístico de la ciudad, nos topamos con una multitud de gente alrededor de un espectáculo callejero.

Me hubiera podido quedar embobada viendo las casas que rodeaban la plaza con sus fachadas escalonadas o las seis casitas de colores brillantes, ridículamente pintorescas. Conservaban la arquitectura popular alemana, con sus típicas vigas de madera cubriendo su fachada y cantidad de macetas llenas

de flores en las ventanas. Sin embargo, mi atención no pudo hacer otra cosa que enfocarse en los más de treinta mexicanos que vestían un traje rojo entallado. Los cubría desde los pies hasta la cabeza con un capuchón con antenas, *shorts* amarillos sobre el traje y en su pecho un corazón también amarillo con la letra roja *CH*. Nos vimos rodeados de más de treinta Chapulines Colorados (súper héroe mexicano que nos alegró la infancia por generaciones) cantando el *Cielito lindo* con un mariachi de fondo.

Los Chapulines estaban por todos lados, cantaban, saltaban y saludaban a la gente que pasaba frente a ellos mirándolos con incredulidad y soltando carcajadas.

Nuestro grupo de amigos mexicanos comenzó a brincar de alegría y todos corrieron al centro de la plaza donde se encontraban los mariachis. Tomé a Frédéric de la mano y seguimos a los demás hasta llegar al frente de los espectadores que rodeaban el *show* para enseñarle una de nuestras mayores tradiciones.

Se me llenó el pecho de orgullo al ver a los ocho alegres mexicanos vestidos con el traje típico del mariachi: pantalones negros con botones de metal, camisa blanca, corbatín rojo y sus famosos sombreros negros. Nos alegraron aún más el día mientras acariciaban sus guitarras, violines y trompetas con el más puro ritmo mexicano.

Unos de los Chapulines, nos tomaron por los hombros con toda confianza y comenzamos a movernos con ellos de un lado a otro cual péndulo hipnotizador.

—Ayyy, ay, ay, ayyyyyy cannnnnnta y no lloreeeeees, porque cantando se alegran cieeeelito lindo los corazones —coreamos todos a la vez con el pecho en alto y una alegría típica del extranjero en contacto con su cultura al estar fuera de casa.

Los europeos que nos acompañaban, y los desconocidos que pasaban por ahí, se quedaban impactados al inhalar ese aire amigable que se contagiaba cual virus mortal. El sol aún ni siquiera había alcanzado la posición del mediodía y ya se había armado una fiesta impresionante al son de las trompetas.

Después de pasar unos veinte minutos entonando el repertorio de rancheras obligado de cualquier mariachi, decidimos movernos de la plaza con una nueva alegría dentro de nuestros corazones.

Frédéric quedó encantado con la probadita que le tocó de mi México y el entusiasmo de nuestra gente. Yo cada vez me enamoraba más de él. Habrá quien piense que más que enamoramiento era una simple atracción. Lo que fuera que haya sido, hacía que mi garganta se sintiera apretada por una mano invisible. Me costaba trabajo mirarlo a los ojos. Tenía que disimular enfocando hacia su entrecejo para no perderme en ese cielo gris, que me obligaba a suspirar cada vez que su mirada decidía hacer una escala en mí. Mis sueños diurnos también me estaban empezando a sofocar.

No podía dejar de pensar en el momento en que estuviéramos solos. Se me venían a la mente infinidad de lugares a los que podría llevarme: un museo, a su restaurante favorito, a un bar, a lo alto de un edificio, a orillas del río. Pensaba si sería romántico, normal, si me besaría. Tal vez solo me llevaría a las típicas atracciones turísticas... ¿pero me besaría?

Lo cierto es que me daba igual a dónde ir. Pensaba por pensar, pues para mí

era lo mismo ir a Marte o a la prisión municipal con tal de que fuera con él. Sentir sus labios en los míos podría ser un gran *plus*, pero ya con estar a su lado, me tenía saltando como Pitufina recogiendo bayas.

Empezamos a caminar por el centro y encontramos numerosos puestos callejeros en forma de pequeñas cabañas. Entre otras cosas, vendían cervezas y salchichas como las que nos había ofrecido nuestro anfitrión el día anterior. En medio de un campo muy grande, habían puesto pantallas gigantes que transmitirían los partidos del mundial a lo largo de la temporada.

El lugar era conocido como *fan fest*, había varios en los alrededores de Fráncfort y en cada una de las ciudades más importantes de Alemania.

Apenas era mediodía y ya estaba lleno. La gente se notaba muy alegre esperando la inauguración con cerveza en mano. Stephan nos guio hacia el puesto donde trabajaba una amiga suya y nos pusimos otra vez hasta arriba de salchichas con mostaza, pan y ensalada de papas, que tenían un sabor muy parecido a las que habíamos devorado la noche anterior.

Me quedé platicando con la novia de Stephan, mientras me devoraba las delicias alemanas. Me dio gusto ver que Frédéric estaba socializando con los Anicetos. Ser testigo de lo rápido y fácil que se integraba con la gente le daba más y más vuelo a ese sueño donde andaba yo corriendo por el Sena junto con nuestros hijos güeritos y ojo-azulados.

La delgada ficha naranja comenzó a interrogarme sobre mi vida amorosa. Al principio, me pasó por la cabeza la idea de que quería sacarme información para darle luz verde a mi Fede. Crecí viendo telenovelas mexicanas, por ello mis suposiciones siempre tienden a lo surrealista.

Conforme seguíamos hablando noté un tono bastante negativo en sus preguntas. No quise dejar volar mi imaginación con cuentos de brujas y dragones, pero me pareció que la pequeña rubiecilla estaba celosa y no le gustaba mucho la idea de que Frédéric y yo pasáramos tanto tiempo juntos. Según su reacción, le supo todavía peor saber que yo estaba disponible. Incluso le comenté que estaba lista para buscar una nueva aventura. Había terminado mi carrera hacía unos meses y no tenía nada que me atara a España. Me miraba estrechando los ojos y por un momento me compadecí de Stephan.

—Veo que no le quitas los ojos de encima a Frédéric —me recriminó. El sol iluminaba su pelo casi blanco y su mirada se mantenía fija en mi *frenchy*, quien se encontraba a lo lejos dándonos la espalda—. Los europeos somos muy complicados, los hombres aquí no saben lo que quieren y solo piensan en ellos mismos. Si yo fuera tú me enfocaría en los latinos, tienen más cosas en común y no tendrías que cambiar tus gustos y costumbres por un hombre. Ni siquiera tendrías que cambiar de país, te podrías quedar en tu casa —me aconsejó con un tono de villana de telenovela venezolana.

Tal vez —y solo tal vez—, su tono era muy normal y estaba teniendo problemas con Stephan. Era probable que su consejo se inclinara más a ser sincero y amistoso, que odioso y celoso.

Tal vez —y solo tal vez—, mi imaginación voló más de lo normal creándose unas películas complicadas y llenas de drama y celos; cuando en realidad la conversación había sido de lo más normal... pero solo tal vez.

No voy a negar que la percepción que le di a sus comentarios se vio influenciada por la carencia de alimento a mis sueños diurnos llenos de amor, felicidad y un montón de fantasía. De un momento a otro sentí como mis hermosos hijos güeritos eran empujados al río Sena por una bruja malvada con el corazón helado y blanco como su piel. Al ver a mis hijos ahogándose, comenzó a reír con esas carcajadas falsas y ausentes de auténtica diversión, con las que las brujas suelen espantarnos.

—Me estás asustando. —Di otra mordida a la deliciosa salchicha llena de mostaza que tenía en las manos. Estaba tan jugosa que se me escurría por la comisura de los labios— Lo conocí ayer y tú ya me quieres divorciar —continué hablando con la boca llena y tratando de limpiarme con una de esas servilletas de papel que no absorben nada—. Déjame primero conocerlo unos siete minutos más. Después si quieres hablamos sobre mudarme de España a París, que tampoco está tan lejos. Además, no es importante que sea latino o europeo, yo no cambiaría mis gustos y costumbres por nadie. —Si yo fuera tú —imité su tono anterior. Me metí en la boca el último pedazo de salchicha— me enfocaría en Stephan y por ningún motivo me metería con una latina. Es muy peligroso.

Mis palabras no podían ser tan amenazantes como las imaginaba, por esa mala costumbre que tenía de hablar con la boca llena y la mostaza resbalándome por los cachetes tampoco era de gran ayuda.

Cuando estaba a punto de responderme, nuestra agradable conversación —nótese el sarcasmo— quedó inconclusa, gracias a que mi príncipe azul, blanco y rojo, llegó al rescate. Parecía que sabía que su adorable princesa no estaba a salvo en manos de la bruja de Ámsterdam y se acercó a preguntarme si estaba lista para irme.

Los celestes brillantes de la holandesa se estrecharon aún más y se clavaron en él con un odio muy claro cuando no quiso decirle a dónde iríamos.

—No te puedo decir porque me arruinarías la sorpresa —la evadió con un tono juguetón y travieso— nos vemos más tarde.

En realidad, no había nada que pudiera arruinarme el día, al contrario, estaba a punto de convertirse en uno de mis favoritos. Lo cierto es que moría por salir corriendo de las garras de la flacucha con pelos de escoba, quien mataba mis sueños con sus palabras y congelaba con sus poderes ese primer beso que no dejaba de jugar en mi imaginación.

—¿Y a dónde vamos, ya me vas a decir? —lo cuestioné mientras comenzamos a caminar con dificultad entre la gente colmada de alegría y salchichas.

—No-o —Movié la cabeza negativamente.

—Dame una pista por lo menos... es más, juguemos diecisiete preguntas —le rogué como una niña de cinco años.

—¿Y eso cómo se juega? —Juntó las cejas intrigado.

—Te hago diecisiete preguntas, si adivino antes de llegar a la última, yo gano y si no, tú ganas. Fácil ¿no?, ¿sí me entendiste? —le expliqué mientras caminábamos hacia el río Main que se podía ver a lo lejos.

—Sí y sí. Te quedan quince preguntas. —Alzó las cejas en plan retador.

—¿Qué?, ¿por qué?

—Porque me preguntaste si era fácil y si te había entendido. Te quedan trece —me respondió sonriendo de oreja a oreja, orgulloso de sí mismo por jugarme chueco. Me encantaba

esa sonrisa. Podría haber pagado por verla cada día.

—¡Eres un tramposo!

Giramos en una de las callecitas llenas de gente por las que estábamos caminando. Salimos justo a la orilla del río, la cual estaba cubierta de gente tomando el sol sobre el pasto. La mayoría bebía cerveza o comía algún bocadillo callejero. También ahí había cientos de puestos a lo largo del río que vendían de todo: camisetas, banderas, sidra, vino, cerveza, salchichas, juguetes y de más cosas típicas del país.

—Vale, pregunta trece: ¿la sorpresa es aquí en el río? —Comencé a jugar gastando una de mis preguntas, pues, por alguna razón, ya sabía que la respuesta sería negativa.

—*Noup*. Doce —contestó cual robot—. Aunque caminar por aquí es a propósito, quería enseñarte esta parte del río, pero tendremos que venir otra vez cuando no haya mundial para que puedas ver lo increíble de este lugar. En esa banca de allá me sentaba a comer cuando...

Había dejado de ponerle atención desde el «tendremos que venir otra vez». Me quedé congelada por esas palabras, que expresaban un deseo tener un futuro conmigo. No quería que se me notara la urgencia por la luna de miel en la Polinesia, así que giré la vista atrás hacia donde había apuntado con su cabeza y, entendí lo que quería decir.

Pude ver cientos de árboles llenos de colores y flores, pero era imposible apreciarlos al cien por cien, a causa de los puestos callejeros y el ruido de la ola de gente. Los edificios que se veían a lo lejos se reflejaban en el espejo del río, pero las innumerables familias descansando a la orilla, no dejaban apreciar esa vista tan típica de postal para mamá.

—Pregunta doce: ¿vamos a ir caminando? —curioseé, desperdiciando otra más, por ser más desorientada que una brújula defectuosa.

Frédéric soltó una carcajada.

—¿Ves ese rascacielos? —Me señaló un edificio con el dedo, mirándome con ternura.

—¿Hasta allá vamos? —La pregunta salió con tanta espontaneidad que incluso sonó como si estuviera inconforme. Sin embargo, yo estaba tan feliz paseando con él, que si me hubiera propuesto ir caminando hasta España hubiera aceptado con alegría.

Esto le causó aún más gracia y entendí que estaba más perdida que los protagonistas de la Bruja de Blair.

—¡De ahí venimos, *ma jolie!* allá está el coche —me dijo tratando de contener la risa—. Te quedan diez preguntas y al paso que vas creo que ya sabemos quién va a ganar. ¿Por cierto, qué voy a ganar?

Una vez más, había dejado de escucharlo después del *ma jolie*. Solo oía su risa y un *bla, bla, bla* de fondo, más bien un *blu, blu, blu*.

«Ma jolie».

Entre lo dulce y delicioso que sonaba el francés de sus labios y lo impresionada que estaba de escucharlo llamándome *su* guapa, tuve que

detenerme para seguir escuchándolo en mi cabeza.

«Ma jolie».

Entendí esas dos palabras, gracias a las siete clases de francés en las que había puesto atención en la escuela. Solo se me habían grabado dos frases: dos *croissants*, por favor, y soy muy guapa. Fred y yo hablábamos en inglés, pues yo sabía seis palabras de francés y él un par más en español.

«Ma jolie».

Me detuve a mitad de la calle, cerré los ojos y sonreí sin pensar lo que estaba haciendo.

Un suspiro siguió al otro mientras dejaba que esa frase se anidara en mi corazón.

«Ma jolie».

Frédéric siguió hablando y caminando unos siete segundos más hasta que se dio cuenta de que yo estaba perdida en una nube y regresó corriendo desconcertado.

—¿Qué pasó? ¿Todo bien? —La preocupación en su voz era notoria— ¿Te sientes bien?

Salí de mi trance un poco avergonzada. Estaba claro que decirle la verdad me haría quedar como fan de Harry Styles después de tocar su mano, así que le solté una mentirilla que en realidad era una verdad distorsionada.

—Perdón, es que soy medio rara —me cubrí la cara con vergüenza—, me hiciste acordarme de algo y cuando me llega un recuerdo detengo todo para vivirlo otra vez. ¿Estoy muy loquita, verdad? ¿Te asusté?

—¡Obvio, sí! No vuelvas a separarte de mi lado —me contestó como mamá regañona. Tomó mi mano y no la volvió a soltar—. Y me encanta que estés loquita. Te quedan siete preguntas —concluyó aún en tono regañón entrelazando sus dedos con los míos.

Ya no tenía cabeza para más preguntas, estaba que no cabía de la emoción, hasta me daba miedo que me empezaran a sudar las manos de tanto nervio adolescente.

—¡No! ¡Ya no quiero jugar contigo! ¡Eres un tramposo! —le dije con actitud juguetona, tratando de escapar de las preguntas para dedicarme a solo sentir la conexión entre nosotros.

Me sentía como en *Avatar*, esa película donde unos simpáticos personajes azules se conectan por un *Tsahaylu*, que los une de una forma tan íntima que sus sentidos se confunden y se comparten. Eso era lo que estaba viviendo en ese momento y las dichas preguntas me desconectaban. No podía quejarme mucho, había sido mi idea.

—Pues menos mal porque, además de que eres malísima, ya llegamos. — Señaló con su cabeza un edificio frente a nosotros.

¿Eso es... una iglesia? ¿Habría sido en serio la propuesta de ayer?

Por un segundo pensé que se quería casar conmigo ahí mismo, después de un día de conocernos y a escondidas del mundo, pero esas locuras solo pasan en la pantalla grande... o en mi imaginación.

Lo cierto es que me había sorprendido. No sería sincera si dijera que me

sorprendió para bien. No es que me molestara el hecho de ir a una iglesia, lo considero un lugar lleno de paz, buena vibra y todas esas cosas. Sin embargo, tanto en España como en México, cada ciudad tiene una iglesia *especial* y me las había visto ya todas. Vaya que me había imaginado locuras, pero eso sí me superaba.

Lo miré entrecerrando los ojos para hacerle ver mi confusión.

—¿Una iglesia? —Miré la gran torre de ladrillos rojos con un reloj en lo más alto marcando casi las dos de la tarde y una cruz levantándose en la punta—. Pensé que era broma la propuesta de ayer —le dije en un tono un tanto arrogante.

Una sonrisa iluminó su cara.

—¿Piensas que voy por el mundo pidiéndole a todas las mexicanas que saben abrir cervezas con los dientes que se casen conmigo? —Detuvo sus pasos y me miró con intensidad. Ese tono gris que le rellenaba los ojos parecía comerse mi lengua—.

La iglesia no es la sorpresa. Te quedan seis. —Me jaló de la mano para guiarme hacia nuestro destino. Pude ver de reojo como se le formaba una semisonrisa llena de satisfacción.

Le dimos la vuelta a la torre y nos topamos con dos arcos muy altos de mármol con unas rejas de herrería trabajada al detalle, abiertas de par en par. Pude ver a lo lejos una alfombra de pasto muy verde y miles de flores de colores. Nos detuvimos para contemplarlo.

—¡Ah, es un jardín! —grité emocionada por haber adivinado con seis preguntas de ventaja. Aunque era medio trampa porque ya estábamos en la puerta del lugar.

Frédéric me miró con esos ojos enloquecedores y su seductora sonrisa. Ya sé que parezco disco rayado, pero todo en él era sexy y seductor. Lo que hacía que las mariposas que habitaban en mi panza, esas que llevaban años en capullos, revolotearan como queriendo armar una revolución.

—Perdiste. —Movié la cabeza hacia un lado y encogió los hombros al mismo tiempo.

Lo miré frunciendo el ceño, confundida.

—Es un cementerio —me confesó haciendo una pausa, como esperando una reacción.

Hablando de cosas románticas pues. Me gustaría cambiar mi comentario anterior donde decía que la iglesia me había sorprendido. Ahora sí estaba con la mandíbula en el suelo como en las caricaturas.

¡Vaya que me había imaginado locuras! Pero eso sí que no lo vi venir. Volvamos al tema de las expectativas. Mientras yo esperaba un lugar romántico para ver la ciudad en la cima de una montaña y recibir un primer beso inolvidable, él estaba planeando llevarme a un cementerio. ¡A un cementerio! Ese lugar donde habitan zombis y fantasmas asesinos, que esperan a que una pareja de extranjeros entre descuidada para comerse su cerebro.

Lo miré con los ojos muy abiertos, pero no demostraban ni la mitad de mi sorpresa interior. Una sonrisa falsa y sin dientes apareció también. Solo esperaba que no fuera un psicótico salido una película de Hitchcock, o que al menos me diera un par de besos antes de lanzarme a una fosa y enterrarme viva. Para morir feliz, digo. Estaba muy confundida. A punto de que me entrara

un ataque de pánico.

«Cásate conmigo, *ma jolie*».

Ya se me pasó.

Mi Fede se estaba divirtiendo de lo lindo a mis expensas. Se dio cuenta de mi *emoción* y empezó a hacerme bromas sin gracia sobre zombis alemanes que se morirían por comerme el corazón.

Bueno, había cumplido lo prometido, sorprendida estaba, aunque como decía mi amiga Dani, las sorpresas no siempre son buenas.

—¿Alguna vez has estado en un cementerio protestante? —me preguntó llevándome hacia adentro contra mi voluntad.

—No creo, a lo mejor sí, ¿son diferentes de los católicos?

—¿Vamos? —me invitó como niño planeando una travesura.

Atravesamos los grandes arcos de mármol que protegían a los zombis para que no salieran a pasear por las noches y de pronto me sentí como en Alicia en el país de las maravillas.

Era como si al cruzar los arcos hubiéramos entrado a otra dimensión. Habíamos dejado atrás la conglomeración, el ruido, a los Chapulines Colorados y a los millones de turistas medio borrachos y habíamos entrado a una pequeña burbuja con mariposas, colibríes y miles de flores alfombrando los alrededores.

No era nada tétrico y tampoco se parecía a los cementerios tristes de las películas de terror en donde solo hay lápidas grises y flores marchitas reposando alrededor. Era un hermoso jardín, alfombrado con flores de colores y grandes árboles regalándole sombra a sus invitados. Era como una mezcla de un jardín de ensueño, con el de algún Palacio Real.

Los protestantes siembran flores sobre las tumbas que quedan más o menos al ras del pasto y ponen una pequeña lápida o incluso solo una placa dorada con el nombre del difunto sobre el suelo.

El territorio de cada tumba se enmarcaba gracias a las flores de colores que sobresalían de un pasto tan verde que parecía haber sido pintado con marcadores de pizarrón blanco.

El resto del cementerio, también estaba cubierto de ese césped color radioactivo y pequeños arbustos que se alineaban a los extremos de las estrechas callejuelas. Algunas de esas tumbas tenían plantadas flores de colores cálidos y primaverales.

Frédéric me llevó por un camino de piedras que simbolizaban calles, como si fuera una pequeña ciudad. La simetría entre ellas era súper alemana (o sea, perfecta) sincronizándose con todo el exterior.

Se sentía tanta calma, que nadie hubiera creído que, al otro lado de esas paredes, a unos siete minutos caminando, habría una muchedumbre de Chapulines Colorados cantando y saltando al son de las trompetas. Ahí solo había pajaritos silbando, mariposas volando y unas cuantas parejas de viejecillos tomados de las manos. Una de esas tiernas parejitas caminaba entre las calles, mientras que otras estaban sentadas en las bancas blancas que había sobre el pasaje de rocas.

Anduvimos en silencio dejándonos envolver por el olor natural de las flores y el canto de los pájaros entre los árboles. Nos detuvimos en una tumba alfombrada con flores azules y moradas.

En la pequeña placa que se encontraba sobre la lápida se leía: «Bernhard Estenfelder 1880-1943». Nos quedamos quietos un momento para incorporarnos a esa atmósfera llena de paz y cerré los ojos para disfrutar el olor de la naturaleza que nos rodeaba.

—Te presento a mi bisabuelo: Bernhard.

—Encantada, Señor Estenfelder, lamento no haber tenido el gusto de conocerlo. —Hice una leve reverencia para darle más propiedad al asunto.

Nos sentamos sobre el pasto fresco y dejamos que el silencio envolviera nuestra burbuja una vez más.

—Yo tampoco lo conocí... obvio. Ya sé que estas canas, la calva y mi barrigota me hacen parecer un viejo, pero solo tengo veintisiete años. ¿Y tú?

Me quedé muda por un momento. Cómo alguien así de guapo se podía describir con tan poco acierto. Estaría bromeando seguro. Con esa cara y esos ojos, podría haber tenido la panza y la calva de Homero Simpson y seguiría siendo una de las personas más atractivas que se había cruzado en mi camino. O tal vez me había enamorado tanto que lo estaba viendo con otros ojos, como esa película en la que Gwyneth Paltrow es gordísima, pero su enamorado la ve súper buenota. O tal vez él tenía más complejos que yo. Lo cierto es que la imagen frente a mí, no tenía nada que ver con lo que acababa de escuchar.

Unas cuantas canas se le asomaban cerca de las orejas; la frente mostraba entradas amplias, pero nada de calvicie y, ¿cuál barrigota? ya quisieran muchos tener un abdomen como el que podía ver bajo su camiseta negra. Tampoco es que se le viera un *six pack*, aunque así me lo estaba imaginando (y devorando), pero no había a la vista panza alguna.

—Veinticinco. Yo también tengo canas. Tres, de hecho. Una en las pestañas, otra en las cejas y la otra por aquí. —Me señalé la coronilla de la cabeza—. Espero no estarme quedando calva y de barrigotas mejor no hablemos. —Apreté mi panza con los dedos. Si bien es cierto que no tenía la forma plana de las modelos de revista, tampoco me sobresalía de manera descarada.

—¿Es en serio? Eres única, te lo juro. Nadie tiene canas en las pestañas — se burló.

—¡Yo sí! Pero solo una, tampoco te pases. —Me acerqué a un rayo de sol que se colaba por entre las ramas—. Mírala, ¿la ves? Debe estar por ahí.

Vi el gris de sus ojos acercarse hasta quedar a un dedo de mi nariz. Me tomó la cara con las dos manos y empezó a inspeccionarme las pestañas.

—¿Dónde? Yo no veo nada. —Su mirada pasó el foco a mis labios.

Estábamos tan cerca que si sacaba un poco la lengua le habría tocado uno de esos labios carnosos que moría por sentir entre los míos.

—¡Ah! Es que traigo rímel. —Me alejé de nuevo liberando a mi piel de su tacto, con la intención de quitarle lo incómodo al momento.

Era la tercera vez que un aliento nos separaba del beso de mis sueños. Por su expresión, habría jurado que le divertía tentarme de esa manera.

—Mañana me la enseñas. Volviendo a los años, ¿en serio tienes veinticinco? Te ves como de veinte. Aunque era lógico que tendrías que tener más.

—¿Lógico? ¿Por? —Lo miré desconcertada.

—No sé... tu actitud, tal vez. Te siento como muy madura e independiente.

Me recuerdas a mi abuela.

Estoy segura de que, de haberme visto disfrazada de todas las princesas de Disney bailando con él en mi imaginación, habría cambiado de opinión.

—¿De verdad? ¿Cómo es tu abuelita?

La ausencia de respuesta me intranquilizó. No sabía hasta qué punto podría preguntar sobre su vida privada sin molestar.

La sombra de un gran roble nos cubría del sol bajando la temperatura. De cualquier forma, me quité las manoleínas blancas para dejar que el pasto me refrescara de los calores que me provocaba su cercanía.

No quería interrumpir su paz, parecía que se le estaban moviendo fibras sensibles, aunque sentía que ya extrañaba su ronca voz.

—Es fuerte, luchadora. No podría describirla solo con palabras. Es esa mujer que todos quisieran tener cerca. —Rompió el silencio con un tono más apagado de lo normal, mirando hacia las ramas del árbol que nos daba sombra—. Tiene casi ochenta años y está llena de vida y sabiduría. Cuando vivía en Alemania, siempre venía aquí con ella a visitar la tumba de su papá. Pasábamos horas hablando entre nosotros y haciéndole compañía a su viejo. Algunas veces me contaba historias que recordaba sobre su vida con él y sin él. Había muerto en manos de los nazis defendiendo judíos. Fueron los tiempos más difíciles en Alemania, corría la segunda guerra mundial y mi abuela era solo una niña. Me contó cosas terribles que tuvo que vivir. Familiares y amigos que perdió por no apoyar las ideas de Hitler.

»Ya no viene tanto porque no tiene quien la traiga. Cuando puedo vengo yo y le llamo para contarle cómo están las flores y cuánta gente hay por aquí. Le encanta saber que alguien acompaña a su papá, que hizo tanto por el mundo. Y yo creo que le da gusto pensar que ella tampoco estará sola cuando llegue su día —completó con una sonrisa triste.

—¿Y si le hablamos y le cuentas lo bonito que está hoy aquí? —sugerí con inocencia.

Giró la cara hacia mí y su gesto triste cambió en un instante. Me acarició el cachete y me acomodó el pelo detrás de la oreja.

—Te lo repito: eres única. Espero que lo sepas. —Sacó el celular del bolsillo y después de buscar entre sus contactos comenzó a llamar. La sonrisa se le extendía de oreja a oreja.

Cuando la abuela contestó, puso el celular en altavoz, aunque no tenía mucho sentido pues toda la conversación fue en alemán. Escuché mi nombre y una vez más me sonrojé.

Colgó a los pocos minutos, pero fue lo suficiente como para que se le disolviera ese gesto apagado en la cara. Me llenaba de amor verlo así de feliz por su abuelita.

—No me veas así —demandó apenado—. Mi abuela es mi debilidad. Haber compartido tiempo de calidad con ella me hizo ver el mundo desde otra perspectiva. Me dio y me enseñó mucho más de lo que yo pensé que le daría con mi tiempo.

Me recosté en el pasto usando una de sus piernas como almohada. Comenzó a contarme que, para mantener a su abuela contenta después de perder a su marido, la visitaba cada fin de semana con pretextos para tenerla cerca, pues

sabía lo deprimida que estaba. Le pidió que lo enseñara a cocinar, para entretenerla y hacerla sentir útil. Entre arroces quemados y pasteles crudos, también aprendió a jugar cartas y pasaban horas hablando, cocinando y jugando.

No había tristeza cuando me hablaba de ella, su tono era suave, lleno de admiración y sobre todo mucho amor.

Yo nunca conviví así con mis abuelos, por lo que me maravilló la idea de poderme adentrar en un mundo que desconocía por completo.

—Te vas a enamorar de ella cuando la conozcas. —Las piernas me temblaron perdiendo su fuerza cuando escuché esas palabras, por suerte estaba sentada. «Cuando la conozcas», escuché de nuevo un par de veces, como un eco. Oírlo hablar así, tenía un efecto de droga mortal. Hasta me mareé.

No le dio la importancia que yo le di a su comentario anterior. Lo soltó así, como si de saludar al vecino se tratara. O como si fuera lo más normal del mundo que después de un día de haber conocido a alguien, la invites a casa de tu abuela a jugar a las cartas. Y así continuó:

—Es mi persona, ¿ya sabes? Esa que hace que tu mundo sea mejor. No me imagino una vida sin ella. Es la mujer más tierna e inteligente que existe en el mundo.

Para mí, esa fue la gota que derramó el vaso de la baba que derramaba por él. Se me antojaron sus labios más que nunca.

Esa ternura con la que hablaba de ella me desarmó. Ya de por sí estaba enloqueciendo, pero este nuevo Frédéric me hipnotizaba, por no decir idiotizaba. Sentí una necesidad desenfadada de besarlo. Dejé de escucharlo y comencé a imaginarme el sabor de esos labios franceses. Me daban ganas de callarlo con un lengüetazo. Por suerte, mi razón se atravesó y entendí que no era ni el lugar ni el momento. Por más que el cementerio estuviera lleno de flores, paz y alegría, no dejaba de haber muertos a solo dos metros bajo tierra.

Me levanté del césped y le di un beso tierno en la mejilla. Esto hizo que se le subieran los colores a la cara, como a mí. Era la primera vez que veía a un Frédéric tan vulnerable. Me reí entre dientes y le di otro beso más.

—Al parecer hoy tienes más suerte que ayer. —Sonrió satisfecho ante mi comentario—. Sí me caes bien, ¿eh? —Me enfoqué en la mano que tenía conectada a la mía, con el único fin de evadir sus ojos.

—Tú a mí también —respondió acariciándome el cabello con la suavidad de sus dedos—. Y no sabes cuánto.

Por algún motivo, que no pude descifrar en ese momento, el hecho de que nos cayéramos bien lo estaba entristeciendo. Lo percibí oscuro y apagado, más que cuando habló de la guerra. Ni siquiera me emocioné con sus palabras.

Fue algo muy extraño. Parecía que algo entre nosotros le preocupaba o entristecía. Quería saber por qué, pero era muy pronto para entrometerme tanto en su vida personal.

No llevaba ni veinticuatro horas con él y sentía que ya lo estaba perdiendo.

El primer beso

Después de haber intercambiado historias de lo más tiernas sobre nuestros

antepasados y nuestra visión sobre la vida y la muerte, salimos del cementerio aún con nuestra conexión *avatariana*.

Al cruzar de nuevo por los arcos de mármol, nuestra burbuja se reventó de golpe con el ambiente cargado de fiesta y fútbol. A donde quiera que miráramos había algún patriota usando la bandera de su país como capa mágica de súper héroe o cual falda. Se escuchaba música por un lado y carcajadas por el otro. Era imposible dejar de sonreír.

Mi Fede me llevó por su calle peatonal favorita que está ambientada por numerosos cafés y bares, pero además los sábados los agricultores locales montan un mercadito para vender sus productos frescos y orgánicos, traídos directito desde sus granjas. El lugar estaba sobrecargado de gente comprando frutas, quesos y demás.

La calle me pareció perfecta para sentarte un sábado cualquiera a leer un libro en una de las terracitas sombreadas por árboles. Pero ese día, no se prestaba para ello, en definitiva.

Compramos un pretzel gigante y un vasito de sidra casera, dos de las cosas más típicas de la ciudad; y nos encaminamos hacia el coche, bailando e interactuando con todos de manera amigable.

Mi Fede se robó una salchicha de la mano de una chica y le dio un tremendo mordiscón para después devolvérsela a la mitad. Yo bailaba en círculos con la bandera de unos chicos alemanes amarrada en mi cabeza como si fuera una monja voladora. Gritaba a toda voz «¡Viva México, cabrones!». En alguna otra ocasión, podría haber muerto de vergüenza, pero ese día éramos uno más en medio de una locura colectiva.

Parecíamos borrachos, y eso que solo habíamos tomado un vasito de sidra, pero la alegría que empapaba el lugar era contagiosa. Seguimos paseando por las calles, haciendo tonterías, bailando con los desconocidos y saltando por doquier.

Llegamos al coche cansados de tanto reír. Me abrió la puerta del copiloto haciendo una reverencia y subí a su Peugeot verde tomada de su mano, cual Cenicienta en carroza. Abrí su puerta desde dentro, como toda una damisela bien educada y me puse el cinturón de seguridad. Hice una pausa al oír el *clic* asegurarme en el asiento y recordé las palabras que me había dicho unas cuantas horas antes: *tiene truco*.

Subió al coche sonriendo, pero su gesto se desvaneció en un instante cuando vio mis ojos entrecerrados con sospecha.

—Pregunta siete —le dije muy seria. Giré el cuerpo hacia él para confrontarlo aún más.

—¿Seguimos jugando? Ya no tengo más sorpresas —me evadió confundido.

—Digamos que es mi juego y las reglas pueden cambiar a mi antojo —contesté cual diva, mirándolo a los ojos sin parpadear.

—¡Okey, pero la pregunta es la seis, no hagas trampa! —Soltó las llaves del contacto y giró su cuerpo de frente al mío para darme toda su atención. Lo hizo con una actitud alegre, ignorando mi seriedad por completo.

—¿El cinturón de seguridad tiene truco? —Lo estiré tan lejos como pude.

Tardó unos segundos en pensar su respuesta. Tartamudeaba nervioso. Cerró

los ojos, negó con la cabeza agachándola como un niño al que se le descubre diciendo una mentira.

—E... e... es que... es que hueles delicioso. Era un pretexto para acercarme a ti —me confesó con una tímida sonrisa y mirándome a los ojos aún con la cabeza agachada.

Como era de esperarse, las mariposas en mi panza, —qué digo mariposas, los dragones—, comenzaron a revolotear de tal forma que si hubiéramos podido hacerles un *close-up*, habríamos visto a un par de docenas de ellos saltando y dando maromas sobre un *tombing*, mientras trataban de mantener el equilibrio con sus alas.

Inhalé hondo pues sentí que algo me faltaba en el pecho, o me sobraba. No sé muy bien cómo explicar esa sensación corporal que te da y te quita al mismo tiempo. Eso que sientes que te detiene y te empuja, algo muy raro, supongo que solo pasa cuando se está enamorado.

—Se llama mantequilla de chocolate. Es mi crema favorita, aunque creo que empalaga un poco. —Me pasé la nariz por el brazo sintiendo el aroma que lo había hecho mentirme.

Regresé el cuerpo a una posición normal en el asiento. Muy despacio, me desabroché el cinturón de seguridad regresándolo a su lugar. No me atrevía a mirarlo a los ojos, sabía que esta vez no me podría contener, pero quería sentirlo otra vez tan cerca como antes.

Frédéric entendió mi invitación y se acercó como en cámara lenta. Me sentía la protagonista de una película. Abalanzó su cuerpo sobre mí, como si fuera a arreglar de nuevo el cinturón, pero esta vez dejó los labios a unos milímetros de mi oreja.

—No, no es el chocolate. Eres... tú —me susurró con unas pausas de lo más sensuales—. Y nunca... jamás podría empalagarme de ti.

Esta vez no me pude resistir a cerrar los ojos y me dejé envolver por ese olor a madera y sus palabras seductoras.

Inspiró muy profundo, rozándome el lóbulo de la oreja con los labios. Comenzó a pasearlos besándome toda la cara muy, muy, muy, *muy* despacio. Inhalaba en cada beso, tomándose su tiempo. Comencé a estremecerme con los escalofríos que me electrizaban el cuerpo. La espalda se me arqueaba sin control con cada roce de sus labios.

Mis sentidos se habían triplicado. Más bien era como si pudiera sentirlo todo multiplicado por siete. Sus labios me acariciaban la cara como si estuvieran hechos de algodón. El olor que respiraba cerca de su piel era tan tóxico que se me antojaba lamerlo. Podía escuchar cada leve gemido y corta exhalación por muy baja que esta fuera.

Giré mi cabeza hacia el lado opuesto para dejar al descubierto mi cuello y que tuviera más espacio para pasear los labios a lo largo de mi piel.

Este hecho lo hizo comenzar a besarme el cuello con una pasión no apta para hacerlo en público y a esas horas del día. Fue bajando con calma hasta llegar al hombro. Se detuvo por un momento y con su mano se ayudó a descubrirme la piel de la blusa amarilla que la protegía. Con más pasión que ternura, comenzó a besar cada una de las pecas, siguiendo su camino de regreso por el cuello hasta la oreja opuesta. Para entonces, mis manos se encontraban entumecidas

por la fuerza con la que se agarraban al asiento.

Moría por probar esos labios acaramelados que me estaban dejando sus huellas a lo largo del cuello, inyectándome una triple dosis de azúcar desinhibitoria en la sangre. Comencé a girar mi cara muy despacio hasta tener sus labios frente a los míos, al punto de besarse sin hacerlo. Abrí los ojos para encontrarme con esa mirada perdida en mis labios. Parecía que mi boca lo había hipnotizado a él. Por primera vez, sentí que él tenía las mismas ganas que yo de romper esa distancia y unir nuestros silencios para probarnos por completo.

«¡Beep! ¡Beep!» Sonó la bocina de un coche tan cerca, que parecía estar dentro del nuestro.

Nunca antes habían roto nuestra burbuja de tal manera que se disolviera por completo en un segundo. Aunque hay que agregar que nunca antes habíamos creado una burbuja tan romántica y cachonda a media calle y a plena luz del día.

Frédéric saltó tan alto al oír la bocina, que el joven conductor del coche emparejado al nuestro se encogió de hombros apenadísimo.

—¡Lo siento! —gritó desde su lugar con una mueca de arrepentimiento mientras Fede bajaba la ventana—. Me preguntaba si iban de salida o de llegada es que no hay lugar en ningún lado, lo siento, de verdad —dijo en inglés aún con la voz avergonzada.

¡De empezada, joven, íbamos de empezada!

—No hay problema —le contestó mi guapo aguantándose la risa—, ya nos vamos.

Le hizo un gesto con la mano indicándole que se moviera para atrás y que nos diera espacio para salir. El hombre, al cual maldije en silencio por la siguiente hora, llevó sus manos al pecho en posición de rezo, supongo que con la intención de agradecernos y disculparse al mismo tiempo.

Mientras nuestro *mata-burbujas* retrocedía, mi francés me regaló una mirada amorosa y se abalanzó de nuevo sobre mí. Esta vez tomó mi cinturón de seguridad acercando su nariz hasta mi piel. Me besó en el cachete e inhaló profundo.

—Para el camino —dijo juguetón, refiriéndose al olor que se llevaba de regalo en los pulmones. Me lo abrochó y regresó a su lugar para encender el coche.

—Bien decía yo que no tenías tanta suerte —dije entre risas mientras me acariciaba el cuello con las manos, como siguiendo las huellas que me había dejado apenas un momento atrás.

—¿Ya viste todo lo que provocas? —preguntó mirándome de reojo. Aún no se le había borrado la sonrisa, más bien parecía habersele agrandado.

—¿Yo? ¿Qué hice yo? —Alcé las manos como hacen los inocentes—. Solo estaba aquí sentadita y quietecita, sin hacer nada. —La voz me salió con un tono de pureza.

—¡Exacto! ¡Y mira lo que provocaste! Lo bueno es que el día no se ha terminado aún. —Me puso su mano en la pierna regalándome esperanza con sus palabras.



Llegamos a casa del amigable anfitrión, cargados de una felicidad nueva y radiante.

La gente estaba reunida alrededor del jardín mirando el principio del partido inaugural del campeonato mundial. El sol comenzaba a desaparecer llenando de colores pasteles el cielo. Muy pocos notaron nuestra presencia, pero sentí una fuerte mirada clavándose en mí. A partir de ese momento, esos ojos azul transparente, nos vigilarían desde lejos toda la noche.

Esa celosa bruja del oeste observaba cada movimiento nuestro con detenimiento, analizándolo todo y con una cara llena de odio. Me importaba muy poco lo que pensarán los demás y más estando conectada a mi francés. Con nuestros dedos entrelazados el mundo parecía haber desaparecido, tanto que incluso había descuidado a mi amiga, la cual se acercó a nosotros en cuanto nos vio.

—¿Dónde andaban? Te extraño, güey. ¡Este francés ya no me está cayendo bien, eh! —bromeó mirándolo con un odio infantil muy típico de las mujeres haciendo berrinche.

—Perdón, pero tú las has tenido muchos años y yo solo un día —se justificó, enamorándose aún más con cada palabra.

—Bueno, solo por eso te perdono. —Se sentó a mi lado.

El partido proyectado en la amplia pared al fondo del jardín entretenía a todos los invitados, quienes gritaban y aplaudían con cada pase o jugada asombrosa. Siempre es divertido ver cómo se transforma la gente en un evento deportivo.

Cuando tenía diecisiete años, fui con mis compañeros de clase a las luchas libres. Un poco para divertirnos y otro poco para completar un proyecto de sociología en donde hablábamos sobre los cambios en el comportamiento humano en eventos culturales, sociales o deportivos. Fue la primera y la última vez que asistí a tan popular evento en el que me encontré con varias sorpresas.

En el *ring* (o escenario) se presentan los luchadores (o actores) que bajo máscaras y un uniforme colorido, nos representan con llaves y contrallaves la lucha entre el bien y el mal, de una manera entretenida más que agresiva. Nos dan la oportunidad de expresarnos con gritos y protestas altisonantes y con ello liberarnos del estrés y la ansiedad que el trabajo, la familia y la falta de dinero nos genera día a día.

He de decir que impresiona sobremanera ver a las abuelitas, que apenas pueden ponerse en pie, gritando cantidad de palabrotas —de esas tan fuertes y groseras que solo sabía que existían, pero nunca las había escuchado en la vida real. Cabe aclarar que esas mismas viejecitas son las que en su casa les lavan la boca con jabón a sus nietos cada vez que dicen la palabra *estúpido*. Pero dentro de la Arena México todo se vale y ninguna palabra es demasiado ofensiva cuando se trata de defender a tu héroe.

Nuestra conclusión en clase fue que la lucha libre es una vía de escape de la olla de presión en la que cocinamos nuestras emociones cada día. Nos evita futuras confrontaciones dentro de nuestro entorno familiar o laboral. Más que un entretenimiento, es una verdadera necesidad en el México de hoy.

En el jardín alemán, el ambiente era mucho más moderado que en la emblemática Arena México. Alguno que otro invitado se levantaba de su asiento, gritando, en su idioma, lo que a simple oído podría parecer una serie de insultos. La lengua me sonaba tan tosca que bien podrían haberle estado proponiendo matrimonio al director técnico y yo lo estaba malinterpretando.

Mi francés, con esa mitad alemana por parte de su madre, animaba a su

equipo con una seguridad tan arrogante que me tenía cautivada.

Romina y yo apoyamos con silbidos y aplausos llenos de emoción los cuatro goles que la selección alemana anotó a Costa Rica. Lo menos que podíamos hacer era apoyar a nuestros anfitriones y a mi nuevo amor que en estos momentos, según sus palabras, era más alemán que francés.

—Es lo mejor de tener dos nacionalidades —me comentó después de festejar un gol como si él lo hubiera anotado—, puedes elegir la que te sea más conveniente. Hoy es un día perfecto para sacar a pasear a mi *alter ego* alemán.

El inicio triunfante del magno evento llenó el ambiente de alegría y mi amiga y yo nos contagiábamos de inmediato de todo ese entusiasmo que nos rodeaba, parecía inyectarse en nuestros corazones. Era una felicidad compartida que se nos transmitía de manera energética, era imposible no estar en júbilo total en medio de tanta gente eufórica, era como si todos nos hubiéramos sacado la lotería.

La fiesta comenzó entre saltos de felicidad y corchos de champán volando por el aire. Apenas era el primer partido y Alemania festejaba como si la copa de oro hubiera pasado a sus manos.

La pantalla se quedó proyectando el siguiente partido en silencio mientras la música proveniente de los altavoces se apoderaba del sonido ambiental. *Mi alemán* —que me había soltado la mano, solo para ir al baño—, tomó a Romina con la otra y nos guio hasta donde se encontraban sus amigos. Comentaban con gran emoción las recientes jugadas impresionantes y el dominio total del balón por parte de su selección. Gesticulaban con los brazos y manos llevándoselas a la cabeza y levantándolas al aire en un asombro total.

Un par de Anicetos se unieron a la plática que Michi, Stephan y Hans amenizaban con sus comentarios deportivos. Empezaron a hablar de los pronósticos del mundial y sus favoritos para la final. Los Anicetos me regalaron una sonrisa de anuncio al mencionar que la selección de nuestro equipo tenía muy altas probabilidades de llegar por lo menos a cuartos de final o incluso, ser campeón.

—¿Preocupado? —le susurré al oído con un tono burlón, mientras *mi alemán* se acercaba la helada botella de cerveza a sus deliciosos labios.

—Yo diría que más bien emocionado —me contestó desviando su sonrisa a un lado— aún no conozco España —concluyó guiñando un ojo.

Romina y yo decidimos crear nuestra burbuja mientras los chicos seguían hablando sobre fútbol y le conté sobre el encuentro cercano del tercer tipo con la bruja holandesa.

Mi amiga —como toda buena amiga—, concordó que la rubiecilla estaba celosa. Nos empezamos a imaginar que tal vez estaba enamorada de mi francés en secreto y a lo mejor por eso estaba con Stephan para poder estar más cerca de él. Comenzamos a crearnos historias en la cabeza de lo más divertidas, influenciadas por una clara infancia llena de telenovelas mexicanas que nos hacían reír a carcajadas mientras las compartíamos.

También le conté sobre su sorpresa en el cementerio, la abuela y nuestro casi primer beso interrumpido muy a la Hollywood. Me conmovió a lo grande cuando la vi tan emocionada como yo. Compartíamos todo.

—Tenemos que hacer algo para que se queden solos —me susurró mirando hacia ambos lados, como planeando conquistar el mundo—. Hay que buscar un

lugarcito romántico para que puedan hablar y que le sigan con lo pendiente porque esta música y esta fiesta no se prestan para romanticismo alguno. Vamos a tener que planear algo.

Tenía razón, era una fiesta, por lo tanto, la música se enfoca en el baile. La noche anterior nos habían amenizado con una rara mezcla de música electrónica, latina y reggaetón. Los invitados habían estremecido sus cuerpos durante la noche esparciéndose por todo el jardín. Había demasiada gente y muy poco lugar para el amor.

—Tal vez me tenga que aguantar hasta que amanezca —le contesté ilusionada—, dicen que lo bueno se hace esperar y yo llevo veinticinco años soñando con conocer a alguien tal como él. Creo que puedo esperar unas horas más.

La sonrisa de mi amiga creció al oír mis palabras. Me dio un abrazo de lo más tierno que terminó con un beso muy tronado y muy cerca de mi oído. Yo solo la podía rodear con un brazo porque mi Fede se negaba a devolverme la mano.

—Me encanta verte así de contenta y enamorada, mi Alex. Y me hace todavía más feliz poder ser parte del momento en que conociste y te enamoraste del güey afortunado que será el padre de tus hijos —me confesó aún abrazadas.

Sentí que se me empezaban a formar lágrimas en los ojos, no sé si por sus palabras, por las mías, por ese futuro imaginado en nuestros sueños o por el abrazo acariciado por su pelo.

—¿Todo bien? —interrumpió mi alemán con un tono de preocupación. Me apretó la mano con un poco de fuerza, como queriendo reafirmar su apoyo.

—¡Perfectamente! —aseguró mi Romis mientras me liberaba, para dejarme seguir jugando a la princesa de Disney. Se alejó de nosotros acercándose a Hans para ofrecerle otra cerveza.

Hans la tomó de la cintura y le susurró algo al oído haciéndola reír, para luego llevarla hacia la mesa donde se encontraban las cervezas. Alcancé a ver esto de reojo y sentí un cierto alivio en el corazón al saber que no estaba dejando sola a mi amiga por andar de pícara soñadora. Las amigas siempre van antes que los hombres. ¡Siempre!

—¿Qué fue eso? ¿Estabas llorando? —me preguntó confundido, acariciándome el cachete con la suavidad de sus manos, como buscando una lágrima.

Sus ojos grises claros se clavaron profundo en mis marrones, con una ternura que me hacía pensar que tal vez no solo estaba interesado en un beso o un fin de semana de locura, sino en mí, en mi felicidad, pero tal vez y solo tal vez.

El sonido de las olas del mar se escucha a lo lejos, hipnotizador y relajante. Los tonos azul turquesa que iluminan el mar Caribe, contrastando con los colores pastel del cielo, sería una de las cosas más hermosas jamás vista, de no ser por sus ojos. Esos ojos que me miran enamorados, más enternecidos que nunca, más apasionados, con más deseo. Unos ojos que gritan «¡eres mía!» con una alegría incomparable.

—Acepto —digo con la voz quebrada. Me toma la mano y desliza un anillo de platino en mi anular izquierdo. El frío contacto del metal en mi piel me hace estremecer (o tal vez es su mirada). Una boda de película seguida de unos días en la Polinesia, un matrimonio lleno de amor y felicidad. Una familia de tres hijos güeritos, dos perros y un gato.

Suspiro profundo.

—Cosas de niñas, te aburriría —evadí su pregunta de manera traviesa y jugando con los rizos de mi pelo, cual niña coqueta.

—¡Pruébame! —Me retó tomándome de las dos manos y aún sin despegar la vista de mis ojos.

Hacia algunos años me había vuelto fiel creyente de decir la verdad. Había leído de alguno de mis gurús favoritos que cuando decimos mentiras es porque estamos buscando la aprobación de los otros y además estamos tratando de controlar a la gente, no dejándola pensar por sí misma. Y al escuchar eso me pareció que era hora de madurar y dejar las mentiras para los débiles.

Esa ocasión era diferente, ¿qué se suponía que tenía que contestarle? «¿Romina me abrazaba porque le hace feliz ser parte del momento en que conocí al padre de mis hijos?». Y corte... «desde la lejana distancia se percibe a un guapo y asustado franco-alemán corriendo con desesperación por la carretera Fráncfort-París tratando de alejarse lo más rápido posible de una loca mexicana». Nada más *antisexy* que hablar de boda e hijos a menos de veinticuatro horas de haber conocido a tu próximo marido.

—¡Mi pareja favorita! —nos gritó Ricárd. Nos abrazó a ambos, interrumpiéndonos y salvándome de contestar con la verdad.

—¡Les tengo un plan buenísimo para mañana! —continuó en un tono de misterio el agraciado francés.

Ricárd tendría por lo menos unos treinta o cuarenta kilos de más abultados en el estómago. El pelo negro al igual que su simpático bigote, lo hacían ver muy francés. Eso y su altura, similar a la de Stephan, lo hacían sobresalir del resto, pero era su simpatía y amabilidad lo que se desbordaba desde el principio con la primera palabra que intercambiaba. Era demasiado amigable y por demás simpático. Siempre que se le veía hablando con alguien, la gente a su alrededor estaba doblada de risa. Bastaban siete minutos con él para que se ganara tu atención y tu amistad.

—Nos encantaría, pero ya tenemos planes —le contestó mi romántico alemán sorprendiéndome con su respuesta. Esto provocó una mueca desaprobatoria de lo más graciosa en la cara de su amigo.

—¿Ya tenemos planes? —lo cuestioné confundida, tratando de tragar mi cerveza en vez de escupirla por el aire.

—¿Ya tenemos planes? —repitió Ricárd alzando las cejas y la voz con un mal actuado desaire—. ¿Hicieron planes sin incluirme? Pensé que desde ayer nos habíamos vuelto como los Tres Mosqueteros. Da igual, no me importa. No se puede confiar en los alemanes, buscaré otra pareja que sea más divertida que ustedes —dijo moviendo la cabeza hacia un lado, justo como en las telenovelas. Se alejó sin decirnos su fabuloso plan y dejándome muy intrigada.

—Y bueno, ¿qué planes tenemos mañana? sería bueno saberlo para ver si me interesa o mejor me voy con Ricárd, por ejemplo —bromeé tratando de esconder la felicidad que me daba el saber que quería seguir alimentando su tiempo y espacio con mi compañía.

—Es sorpresa, obvio —ignoró mi indiferencia cerrando un ojo. Mañana podemos seguir con las cinco preguntas que te quedan.

Sus palabras provocaron, una vez más, esa sensación como si mi estómago

se hubiera volteado del revés. Hasta la fecha no entiendo la conexión que tiene el oído con la panza o por qué las mariposas reaccionan a las palabras. Cada vez que escuchaban algo bonito se ponían como loquitas, por lo que no podía evitar preguntarme si no deberían de ser sordas o si estarían más enamoradas que yo.

El segundo primer beso

Mientras el calor del verano se escapaba con el sol y la noche iba enfriando nuestro espacio, nosotros nos rebelábamos ante el frío calentando nuestros cuerpos al son de la salsa.

Mi adorable alemán me había dejado libre para bailar con Kiquín, el Aniceto mayor, que se había acercado a invitarme con el fin de recordar viejos tiempos. Yo acepté sin parpadear, pues siempre he sido muy débil cuando se trata de baile, comida... o francoalemanes, por lo visto.

Entre giros y movimientos de cadera, pude ver a mi Frédéric hablando con la pálida holandesa a unos siete metros de nosotros. Hablaban sin mirarse, pues los dos mantenían los ojos clavados en nuestro espectáculo. Era lógico que estaban hablando de mí. No parecía muy contento, se veía más bien como un adolescente escuchando el sermón de sus padres. Me mataba la curiosidad saber qué había pasado entre ellos o por qué la pálida rubiecilla me miraba con tal odio jarocho.

Aunque estaba feliz dando vueltas como pirinola, decidí descansar unos minutos y tal vez salvar a mi príncipe azul —blanco y rojo— de las garras de la bruja neerlandesa. Tampoco es que estuviera celosa, era la novia de su mejor amigo, pero algo en el aire se ponía pesado cada vez que estaba cerca. Su *malvibrosidad* rodeaba el ambiente con tan solo tenerla cerca.

Tan pronto como Frédéric me vio dejar los brazos de Kiquín, se acercó con una sonrisa en la cara y una cerveza en la mano para mí, dejando a la reina de los Países Bajos a solas con los brazos cruzados. Al parecer el mal humor de su amiga no causaba ningún efecto sobre él y eso a mí me tenía maravillada.

Salimos del salón buscando un par de sillas para descansar las piernas de tanto traqueteo. Nos resguardaba un cielo sin nubes, muy estrellado y con una luna llena luciéndose entre ellas, haciéndolas lucir menos radiantes.

El jardín estaba lleno de gente bailando al (sin) ritmo de la música. Había un montón de sillas vacías, pues el resto de la fiesta bailaba o platicaba de pie a las orillas del jardín o cerca de la mesa donde reposaban el tequila y las incontables cervezas.

Encontramos un par de sillas de plástico alejadas del centro de la fiesta y un poco escondidas entre unos arbustos bajitos. Escogimos esas por ser un poco más aptas para poder hablar sin tener que gritar sobre la música. Fede me ofreció una silla y tomó la suya, acercándose a mí hasta que estas quedaron tocándose frente a frente.

—Yo también quiero jugar a lo de las veinte preguntas esas —me dijo después de haberle dado un trago a su cerveza alemana.

—Son diecisiete —le dije entre risas— y yo no tengo sorpresas para ti. —Me encogí de hombros.

—A mí me parece que estás llena de sorpresas que quiero ir descubriendo poco a poco. —Movi6 el cuerpo hacia mí, acercándose demasiado.

—¡Vale, juguemos! Pero te toca usar las siete que me quedaron antes de adivinar. —Choqué mi cerveza con la suya y moví el cuerpo hacia atrás. Tenerlo así de cerca no me dejaba pensar en otra cosa más que en sus labios. Me estaba cansando de su jueguito de tentarme, pero no besarme.

Se recargó sobre el respaldo de su silla mirándome como si quisiera leerme la mente.

—Te quedaron cinco y nunca adivinaste, pero bueno. ¿Siempre te ha gustado bailar? —Cruzó las piernas dejando un amplio espacio entre sus rodillas.

—Sí, siempre. El mundo se detiene cuando empiezo a girar. De chiquita quería ser bailarina, pero al crecer pensé que, si trabajaba en algo que disfrutaba tanto, al final dejaría de hacerlo por gusto y sería solo por ganar dinero. Ahora creo que mi decisión fue un error, nada mejor que ganar dinero por hacer lo que más disfrutas, ¿no? Pero tampoco me arrepiento, me encanta mi carrera y bailo cuando quiero. —Me balanceé en la silla como mecedora.

—¿Qué estudias? —preguntó interesado, pero continuó sin dejarme contestar—. ¿Qué puede estudiar una niña tan lista como tú? —se cuestionó a sí mismo con la mano en su barbilla, con aire de pensador inteligente—. Espera, no me contestes. Ya encontraré esa respuesta más tarde, no quiero desperdiciar preguntas. ¿Quieres bailar? —Cambi6 su postura acercándose hasta mi silla y ofreciéndome su mano.

Me concentré en escuchar la canción de fondo que amenizaba a los invitados con el acento puertorriqueño de Don Omar al son de «otra, otra noche, otra» y no pude evitar la risa.

—¿Quieres bailar reggaetón conmigo? —me burlé con risas y alzando la cabeza hacia el cielo.

No es que no me gustara bailar reggaetón. A ver, sin juzgar, por favor. Todo el mundo tiene un placer culposo y el mío era (y sigue siendo) el reggaetón. Sin embargo, por mi mente aún no había pasado la imagen de mi francés y yo moviendo las caderas en plan *perreo*. ¡Y vaya que me habían pasado imágenes por la cabeza ya!

—Creo que en este juego no se vale contestar con otra pregunta. Así que pregunta cinco: ¿Quieres bailar o no? —Su tono serio no era nada convincente. Se levantó de la silla y me ofreció su mano de nuevo.

Acepté su oferta sabiendo que me sorprendería con algo y su sonrisa chueca me lo confirmó. Tomó mi mano con fuerza hasta levantarme de la silla.

Sacó su celular del bolsillo delantero de sus jeans y, acto seguido, comenzó a teclear algo que desde mi lugar no podía alcanzar a ver. Estiré más la espalda hasta ponerme de puntitas, intentando ver lo que hacía con su teléfono, pero lo alejó de mi vista con una sonrisa traviesa. Me jaló hacia él con más fuerza, abrazándome por la cintura y dejando que mi cuerpo se acomodara sobre su pecho. Estar entre sus brazos se volvió mi lugar favorito. Sentí que podía quedarme rodeada por él toda la vida.

Su cercanía me provocaba taquicardia. El olor de su piel, la mirada sensual reforzada por el color de sus ojos. La fuerza con la que me abrazaba, mezclándose con delicadeza. Sus labios deliciosos a la altura de mi nariz, sus ojos comiéndome la mirada. Su pecho calentando el mío; sus ojos

desvistiéndome; su acento francés y... ¿Ya dije sus ojos? Esos ojitos grises mirando los míos, eran perfectos... no, no, no, no, no, sin exagerar, to-do, todo era perfecto. Y así quería que se quedara.

Quería que no dejara de mirarme. Que me besara el cuerpo entero con sus pestañas. Que ese cielo gris se detuviera en mis pies y subiera, poco a poco, hasta perderse en mis ojos. Que no dejara de mirarme. Que no dejara de mirarme. Que no dejara de mirarme jamás.

Un suspiro seguido de otro profundísimo me llenó los pulmones.

—Pregunta cuatro —me susurró al oído— ¿has probado los labios de un francés?

Se me puso la piel de gallina en el instante en que sentí su aliento cerca de mi oído, pero al escuchar sus palabras perdí el piso. De no haber sido por el fuerte abrazo que me rodeaba hubiera caído al suelo. Derretida.

—Nunca, aunque uno trató de besarme en su coche hace unas horas, pero no tuvo éxito —le contesté con gracia.

Mi respuesta le plantó una sonrisa en la cara. Negó con la cabeza y fue subiendo su mano desde mi cintura hasta la parte más alta de mi espalda.

—Tal vez era alemán y por eso fracasó en el intento —bromeó, aún susurrando en mi oído.

No estábamos bailando todavía, solo nos movíamos despacio. Cada movimiento era tan delicado y lento que me recordaba a mis clases de T'ai Chi. Nuestros ojos estaban clavados en el otro. El mundo a mi alrededor se movía deprisa, pero mi universo se había congelado en su mirada.

Puso su celular en mi mano, que se encontraba entrelazada con la suya por el dorso, y llevó nuestras manos hasta mi oído dejando el celular pegado a mi oreja.

Me acercó sus labios al oído contrario. Juntó su cara con la mía y, tal como dice la canción, quedamos unidos: cachete con cachete, pechito con pechito y ombligo con ombligo.

Movió un botón del celular con sus dedos y de pronto la voz caribeña de Don Omar se fue perdiendo al fondo para ser sustituida por las cuerdas de una guitarra acústica. La dulce voz francesa de Carla Bruni surgió cantándome un *Quelqu'un m'a dit* al oído. Un *sexy* Frédéric se unió a dueto con ella en mi oreja contraria. De no haber sido por su delicioso cuerpo presionando el mío, mis mariposas hubieran salido expulsadas por mi panza creando un espectáculo de horror maravilloso.

Era la primera vez que escuchaba esa canción. No entendía ni una sola palabra salida de las empalagosas voces de esos dos franceses, pero tan solo por sentir esas palabras murmuradas en el oído, me pareció la canción más romántica de la galaxia. Estaba segura de que, si se escuchara una vez al día, podría provocar un subidón de azúcar no apto para diabéticos.

Ese cuadro era inmejorable. Con cada palabra cantada en mi oído, alcanzaba una escala más en el récord Guinness de momentos románticos en la vida de Alejandra Jáuregui. Me parecía que Frédéric se había empeñado en conquistarme el corazón cual virus mortal y pronto se desintegraría.

Empezamos a balancearnos despacio al ritmo de las cuerdas acústicas.

Nuestros pies seguían la armonía del sonido de la guitarra con movimientos muy cortos y nuestros hombros se movían al compás de las voces francesas que podrían haberme empalagado el alma.

Con cada «mmm» cantado, Frédéric se alejaba más de mi oído y se me acercaba a los labios besando el camino por donde pasaba. Al terminar la canción sentí su boca apenas rozando la mía. Abrí los ojos para encontrarme con ese tormento gris devorándome los labios.

Aventó su celular por detrás de la espalda con un rápido movimiento y me tomó la cara con ambas manos dejando los dedos tras mis orejas y sus pulgares acariciando mis cachetes. Pude verlo contener la respiración; la mirada aún en mis labios estudiándolos con detenimiento. Mis manos, que lo abrazaban por la cintura, se colaron hacia su pecho mientras él movía la cabeza lentamente haciendo que nuestras narices se rozaran.

Ese olor que me embriagaba los sentidos, se apoderó de mí por completo. Parecía que se había vuelto parte de mí. Cerré los ojos de nuevo mientras mis dedos traviosos subieron para acariciarle esa barba *sexy* de tres días que le cubría el lunar junto a la boca.

—Un día contigo y ya me sé tus labios de memoria. Es lo único que veo cuando cierro los ojos. —Me los tocó deslizando los dedos con suavidad por todo lo largo.

Se acercó, rozándome sin besarme, solo paseando sus labios sobre los míos. Soltó un suspiro que me hizo arquear la espalda y mi mundo desapareció.

Sus labios se abrieron lo suficiente para dejar entrar uno de los míos, dándole la bienvenida a una nueva sensación: éxtasis. Comenzó a besarme con dulzura mientras me acariciaba la cara con sus dedos. Colé las manos por detrás de su cuello y comencé a jugar con su pelo, siguiendo el ritmo de nuestro beso.

Decir que era electrizante sería subestimarlo. Decir que el corazón se me detuvo para derretirse mientras me dejaba comer por sus labios carnosos, tampoco sería suficiente.

Fue *el beso*, no recordaba haberme sentido así entre los labios de alguien nunca jamás. Combinaba ternura, pasión y deseo. Vamos, que las princesas de Disney estarían muertas de celos.

El contacto suave se fue volviendo más y más provocador y nuestra respiración se agitaba al mismo ritmo. Mientras se iba intensificando, movió una mano tras mi cabeza y la otra me la pasó por la cintura para acercarme aún más a su cuerpo, de haber sido posible. Lo escuché soltar un pequeño gemido de placer que hizo que se terminara de derretir lo que quedaba de mis piernas. Sin duda, era lo más *sexy* que había escuchado, sentido, tocado, acariciado, besado.

Dejó mis labios y comenzó a hacerse camino hasta mi oído. Un segundo sin ellos y ya sentía su falta.

—Me encantas. Me. Encantas —me susurró mientras me besaba en la mejilla en cada pausa—, sabes delicioso. No creo que pueda separarme de tus labios.

Sus palabras fijaron una sonrisa en mi cara que pensé que se quedaría para siempre. Lo abracé aún más fuerte, pero mi sonrisa se desvaneció al instante cuando vi los ojos de la holandesa espiándonos entre los arbustos de enfrente.

Un gemido agudo de horror salió de mi garganta. Frédéric me miró desconcertado. Le señalé con mi dedo el lugar donde había visto ese hielo azul

de la rubia mirándonos con odio. Para nuestra sorpresa, Stephan, Hans y Romina, salieron también de entre las plantas soltando carcajadas.

—Esto te va a salir carísimo, amigo —le dijo Hans en un tono muy burlón.

—¿Qué cosa? —le contestó Fede confundido y un poco molesto.

—¡Les tomamos una foto justo en el momento de su primer beso! —gritó Romina, aplaudiendo y saltando de arriba abajo—. ¿Sabes quién tiene la foto de su primer beso, amiga? ¡Nadie! —concluyó sin dejar de saltar ni aplaudir.

Frédéric cambió su cara de susto y comenzó a reír nervioso. La holandesa se fue alejando de nuestro escondite con la cara ausente de sonrisa y una mirada retadora y ¿triste? Stephan se percató de este hecho y después de intercambiar su vista entre Frédéric y su novia un par de veces, salió tras de ella.

—¿Neta, güey? ¡Te pasaste, mi Romis! ¡No manches! —le dije en español para que nadie más escuchara lo feliz que me hacía su travesura.

—Te adoro vieja, se ven hermosos juntos. Me encanta, me encanta, me encanta. —Sonrió enternecida.

—A mí más amiga, a mí más.

La última noche

Ricárd y Michi acercaron sus sillas a las nuestras valiéndoles gorro que hubiéramos estado besuqueándonos unos minutos atrás. Aunque he de aceptar que me encantaba tenerlos cerca, pues los tres me hacían reír como bebé, en ese momento yo seguía en las nubes soñando con nuestro primer beso.

Me moría por seguir hablando con él y mordisqueando esos labios carnositos, pero quise regalarle un rato con sus amigos. Me fui a bailar con mi Romis, Hans y unos cuantos Anicetos que parecían ser los únicos con ritmo en toda la fiesta. Hasta mi amiga estaba bailando en un antirritmo total, quiero suponer que con el fin de no hacer sentir mal a su exorcizado Hans.

Cada vez que se me escapaba la mirada hacia mi francés, me encontraba de frente con sus ojos fijos en los míos y lo complementaba con algún guiño o una sonrisa torcida. Parecía no quitarme la vista de encima ni por un segundo.

No quería que la noche terminara, pero hasta la fecha no he podido encontrar a alguien con el poder de prolongar o congelar el tiempo. Siempre pensé que, si pudiera escoger un súper poder, sería el de absorber información en segundos. Por ejemplo, si quisiera aprender a hablar chino, con solo poner la mano sobre un diccionario, me aprendería de memoria todo lo contenido dentro.

Ese día cambié de opinión. Mi súper poder sería detener el tiempo para fundirme en sus labios por horas y horas, días y noches, años y años. ¿A quién le interesaría aprender a hablar chino en un minuto, teniendo esa boquita francesa cerca? No había nada que hacer, era nuestra última noche juntos y la vida se me entristecía con tan solo pensarlo.

Mi drama mental se vio interrumpido por las mismas cuerdas de la guitarra que habían sonado antes cerca de mi oído. Las sentía tan conectadas a mí que parecía las había escuchado con el alma. Esta vez provenían de las bocinas gigantes y ensordecedoras que animaban la fiesta, por lo que le dio a la atmósfera un tono romántico en exceso.

Giré mi cabeza buscando a mi marido, pero antes de que pudiera reaccionar me sorprendió abrazándome por la espalda. Sentir sus manos envolviendo mi cuerpo me sobreoxigenaba los pulmones. Me dio un beso cerca del oído y acercó sus labios a mi oreja, provocándome tres escalofríos seguiditos.

—Extraño tu boquita, ¿me la prestas otro rato? —Me derriñó con su susurro.

—¿Vas a poner esta canción cada vez que quieras un beso? —Me giré rodeando su cuello con mis brazos.

Sonrió sin contestarme y en menos de un segundo lo tuve endulzando mi boca con sus labios franceses otra vez.

—Aunque fue imposible resistirme a sus dulces voces, como te puedes dar cuenta ya no lo necesitas —interrumpí su beso con mis palabras juguetonas.

—De haber sabido que eso era lo que necesitabas, lo hubiera hecho desde ayer —me confesó cortando sus palabras entre nuestros besos.

—De haber sabido lo rico que estarían tus labios, hubiera aceptado tu apuesta quinceañera de anoche —afirmé imitando su tono.

—Hablando en serio, ¿sabías que moría por comerte a besos desde que entré por el jardín y te vi hablando por teléfono? —siguió interrumpiendo sus palabras con más besos—. Estuve rondando el salón hasta que colgaste y tuve que inventarme algo para acercarme a hablarte.

Sus palabras me hacían imposible despegarme de sus labios.

—Pues yo te estaba esperando desde *antes* de que llegaras —le dije con un tono burlón en plan «yo te gano».

Era verdad, por alguna extraña razón desde que me dijeron que los franceses llegarían a la una de la mañana sentí mi tripa retorcerse de emoción y no supe por qué. Incluso le había dicho a Mario bromeando que los estaba esperando, parecía que había intuido que pronto perdería la razón por un par de ojos grises.



La luna fue desapareciendo entre besos y risas mientras el jardín se iba quedando vacío. Miré con nostalgia el cielo que clareaba cada vez más, desvaneciéndose a las estrellas con su luz y sus colores.

—Aún nos queda todo el domingo —dijo Frédéric leyendo mi mente, a la vez que ponía su chamarra sobre mis hombros, igual que la noche anterior—. ¡Y una sorpresa más! —Se acercó para regalarme otro beso que fue a parar en mis dientes por la sonrisota que me dejó en la cara.

Ya me dolían los cachetes de tanto sonreír, pero me encantaba el hecho de que lo pasáramos tan bien juntos. Era de esos dolores como cuando haces ejercicio y al día siguiente te duele todo, pero estás feliz porque sabes que vale la pena el dolorcito. Lo compruebas al ver tu cuerpo bien *buenote* frente al espejo, aunque en realidad está igualito que el día anterior. Dolor gustoso. Eso era.

Frédéric me pidió que lo acompañara hasta la mesa donde reposaban las bebidas espirituosas, pero tristemente ya solo quedaban cadáveres de botellas vacías y vasos de plástico cubriendo la mesa, alfombrada de platos y colillas de cigarrillos. Encontró dos cervezas de lata en el fondo de la cubitera inundada en agua y bolsas de supermercado. Las sacó y me miró con ojitos de perrito

pidiendo comida.

—¿Nos las tomamos en mi tienda? —me pidió con un tono entre deseoso y tierno.

—Solo porque me está dando frío, pero hoy también duermo en mi camita deliciosa, ¿eh? —Alcé las cejas con un tono de advertencia que no daba mucho miedo.

—Como tú quieras —me respondió con una mal actuada indiferencia. Algo me decía que no me dejaría ir.

El sol estaba haciendo su espectacular aparición y jalé a Frédéric con mi mano para detener sus pasos con el fin de que me dejara contemplar los colores pastel del cielo una vez más. Sin decir palabra, nos detuvimos alzando la mirada.

Como ya había mencionado, yo no soy una persona mañanera, esto de los amaneceres solo se me da cuando termino las fiestas muy tarde —o muy temprano, dependiendo del punto de vista— y siempre ha sido uno de mis espectáculos favoritos. Me gusta mucho más que el atardecer. Al meterse el sol me lleno de nostalgia, pero al verlo salir se pasean en mí emociones diversas. Después de todo, ver el amanecer significa que tuvimos la oportunidad de vivir un día más.

Dejó las cervezas en el suelo y me abrazó por la espalda. Esta vez me llenó de besos los hombros y el cuello, como lo había hecho en el coche por la tarde. Hizo a un lado la chamarra que me cubría, pasando los labios por todos los pedacitos sin ropa que le ofrecía mi espalda. Yo estaba disfrutando de ese amanecer como nunca antes. Mi cuerpo ya no sentía frío, al contrario, la sangre se me estaba calentando cada vez más a causa de sus besos y en esa ocasión no podía culpar al alcohol.

Nos quedamos ahí unos cuantos minutos hasta que yo misma, con la sangre hirviendo, lo tomé de la mano y lo llevé hasta su austero dormitorio, dejando que los colores del cielo nos acompañaran.

Entramos en la tienda a gatas como el día anterior. Me ofreció recostar mi cabeza sobre su pequeña mochila y acepté, después de que él le sacara hasta sus calzones para que quedara de menor tamaño. Me daba ternura ver como se ponía nervioso al querer que todo fuera perfecto. Estábamos en una tienda de campaña sobre un suelo duro, sin colchón y con un solo saco de dormir para cubrirnos, más imperfecto no podía ser, pero a mí me parecía maravilloso.

Frédéric se quedó en pausa, mirándome sin decir nada.

—*Tu est très, très belle* —me dijo rompiendo el silencio, con su suave y ronco francés. Su mirada me desvestía.

No sé si fueron mis clases de francés o sus ojos hablando por él, pero pude entender algo como que yo era muy, muy guapa. Tal vez había memorizado solo las palabras que hacían referencia a la belleza con la esperanza de que un francés me las susurrará al oído.

Sus dedos traviosos empezaron a delinear mi cara. Haciéndose camino por el cuello, el pecho, el abdomen, las piernas. Aunque era una simple caricia, en ese momento la sentía eléctrica.

Después de quedarse admirando mi cuerpo sobre el suelo, se acostó a mi lado poniendo la cabeza sobre nuestra *almohada*. Nos acostamos los dos de lado para quedar frente a frente y empezamos a jugar, rozando nuestras narices entre

ellas y acariciando nuestra piel con estas.

Por un momento tuve su cachete cerca de mis ojos y lo empecé a acariciar con mis largas y rizadas pestañas negras. Abría y cerraba los ojos con mucha ternura y disfrutaba de cada roce.

—Son como besos de mariposa —me dijo mientras se estremecía un poco con el cosquilleo provocado por mis ojos.

Comenzamos a jugar también acariciando nuestros pies, pero los míos estaban más helados que los de un ruso descalzo en Siberia. Cuando sintió el hielo de mis pies se incorporó y comenzó a masajearlos tratando de regresarles su calor. Me pidió que me levantara de la almohada y sacó de su mochila unos calcetines. Me los puso besando el empeine desde la punta del dedo gordo hasta los tobillos de una manera muy tierna.

—¿Mejor? —me preguntó preocupado— ¿Siempre tienes los pies fríos?

—Mejor imposible —respondí mirándolo con completo enamoramiento— soy súper friolenta. Yo necesito calor para poderme mover.

Dicho esto, fui directo a buscar sus labios templados. Empecé a acariciarlos con los míos como lo había hecho él antes y una sensación de hormigueo me paseó por todo el cuerpo.

Metí mis manos dentro de su camiseta y empecé a acariciar su pecho con mis dos manos. Su piel suave, con un poco de pelo en el pecho, le hacía a mis dedos el recorrido más divertido, mientras se enredaba a jugar con ellos. Le pasé las manos hasta la espalda, abrazándolo y paseando aún los labios por su cara. Me detuve en su boca y empecé a acariciar sus labios con mi lengua. Poco a poco, le comencé a dar pequeños mordiscos a sus labios. Sus manos, que en ese momento paseaban por mis caderas, se agarraron a mí con fuerza desbordando placer.

—No quiero que esta noche termine nunca —me dijo después de girarme con pasión sobre mi espalda y dejando su pecho sobre el mío.

No podía estar más de acuerdo con él. No quería que terminara la noche y lamentaba no tener los poderes mágicos de mi amiga Gigí, esa protagonista de anime que se convertía en lo que ella quisiera con un diamante mágico que guardaba en una cadena alrededor de su cuello. Crecí girando frente al espejo, tal como lo hacía ella, imaginando que me convertía en una princesa. Eso era lo que necesitaba en ese momento: convertirme en su princesa.

Diamante mágico dame poder. ¡La novia de Frédéric, quiero ser!

O detener el tiempo. ¿Dónde están las hadas madrinas cuando más las necesitas? Por eso nadie cree en ellas ya.

—Pero si ya se acabó, ya es de día —le dije entre besos con un poco de burla.

—Pues no quiero que se acabe este día, ¿ya te dije que me encantas? Muero por ver tu carita después de la sorpresa de hoy.

Comenzó a mordisquearme el lóbulo de la oreja, provocándome un cosquilleo delicioso que arqueaba mi espalda con cada roce. Otro de los efectos secundarios ocasionados por su intensa cercanía.

El inmenso placer que se desencadenaba en mi cuerpo se vio interrumpido por un molesto ruido muy cercano. Escuchamos sonar la alarma de un reloj despertador bastante irritante, de esos que suenan como teléfonos de casa de la bisabuela. Siguió por unos treinta segundos hasta que un alma piadosa nos

hizo el favor de apagarla. El hecho nos desconcentró por completo. Otra burbuja más reventada sin piedad. Nos urgía privacidad.

—¿Pues qué hora es? —pregunté confundida y entristecida de que el día estuviera haciendo su mejor entrada en el peor momento.

Comenzó a buscar su celular en el bolsillo de sus *jeans* con la intención de contestar mi pregunta y al encontrarlo abrió los ojos con total sorpresa.

—¡Son las ocho y media! —dijo, levantando la voz un par de tonos más de lo que era apropiado para esas horas de la madrugada—. ¿Cómo pueden ser las ocho y media? ¿Llevamos más de dos horas besándonos? —me preguntó confundido.

Yo estaba igual de sorprendida que él, tal vez mis poderes mágicos habían funcionado al revés y en vez de detener el tiempo le había dado cuerda hacia adelante. Sentía que llevábamos solo diez minutos desde que vimos el amanecer y entramos a la carpa.

—Creo que tenemos que dormir un poco, antes de que la gente comience a despertarse —le propuse con muy pocas ganas, mientras le acariciaba el pecho.

—Odio aceptar que es buena idea, pero tienes razón, tenemos un día muy largo y no quiero que te me quedes dormida a media sorpresa —me dijo un poco más emocionado que yo— apenas te conozco, pero sé que te va a encantar sentir ese aire de libertad.

Se acomodó de espaldas sobre el suelo y me abrazó por el hombro, invitándome a que me acostara sobre él.

—¿Qué es? ¿Jugamos otra vez a las preguntas? —Levanté el cuerpo del suelo con emoción.

—Lo que quieras, pero mañana —cortó mis intenciones.

Con muy poco sueño le di un tierno beso en sus labios carnosos y le dije:

—*Bonne nuit, mon amour* —dándole las buenas noches al oído.

Al parecer, mis palabras, o mi acento, lo enloquecieron por completo. Al escucharme soltó un gemido de placer y se abalanzó a mis labios otra vez, pero con mucha más pasión que antes.

Ese beso iba cargado de deseo, de intensidad, fuego y fuerza. Sus manos me tomaban por la cara con tal energía que me estaba haciendo imposible detenerlo. Las mías se movieron hasta su cabeza y comencé a apretar su pelo con la misma intensidad con la que me besaba.

—Me encantas, me encantas, me encantas, me encantas, no me cansaré nunca de repetirlo. Eres perfecta, eres deliciosa, sabes delicioso —repetía tan rápido que apenas podía entenderle.

Comenzó a quitarme la blusa muy deprisa ayudándose con sus dos manos, cegado por las ganas y el deseo. Se detuvo a observarme el pecho semidesnudo. Estaba cubierto justo en las partes que más deseaba acariciar, por un *brassier* blanco de media copa, que redondeaba a mis nenas y les daba una fuerza anti-gravitatoria envidiable.

—Lo dicho: deliciosa... Estás deliciosa —me susurró al oído y comenzó a jugar despacio con sus labios, paseándolos cerca del delgado encaje en las orillas de mi sujetador, hasta llegar al moño rosa en el centro de mi pecho—. Ya, en serio, dime ¿cómo tienes el atrevimiento de ser tan deliciosamente perfecta? —me dijo,

mientras intentaba besar cada una de las pecas que me tatúan la piel del pecho, los hombros y la espalda—. Estoy listo para perderme en este terreno de estrellas, es como una galaxia de constelaciones. Es hermoso. Quiero quedarme a vivir aquí —completó, besándome las pecas de los hombros.

Podría jurar que estaba soñando, no solo por lo maravilloso del momento, sino porque todo el tiempo algo nos empujaba a salir a la realidad.

—Alex, despiértate, vieja, ya nos tenemos que ir —escuché a Romina susurrar en español muy cerca de nuestra carpa; rompiendo así, por segunda vez consecutiva, nuestro momento más intenso—. ¿Vieja, estás ahí? Levántate que vamos a perder el tren —repitió aún susurrando, pero subiendo el volumen.

En definitiva, necesitaba ese diamante mágico con urgencia.

Al ver mi cara, Frédéric tardó medio segundo en unir los puntos, pues su español era nulo.

—¿Hora de despertarse? —me preguntó, burlándose de nuestra mala suerte.

—Hora de irse —lo corregí con la voz baja y triste, mientras volvía a ponerme mi blusa amarilla.

—¿Qué? —Su pregunta salió en un tono demasiado alto— ¿adónde por qué de qué hablas? —soltó sin dejar espacio entre las palabras.

—No lo sé, déjame ver.

Asomé la cara por la tienda de campaña y el sol de la mañana me cegó en un instante. El cielo estaba igual de claro que el día anterior y se respiraba un aire veraniego total.

Me encontré a mi amiga de espaldas a mí, sentada en cuclillas, susurrando frente a otra carpa muy cerca de la nuestra. Por la noche le había enseñado cuál era la de Frédéric, pero al parecer no me había puesto mucha atención.

Vi que su pelo estaba mojado y tenía puesta una falda blanca con flores moradas bordadas a los lados y una blusa blanca muy a juego.

—¿Qué haces? —le pregunté, murmurando también.

Mi voz la agarró por sorpresa. El susto la desequilibró haciendo que terminara en el suelo. Con ello me regaló una carcajada mañanera que debió de ser un poco más irritante para los soñadores, que el despertador de abuelita que había estropeado nuestro romanticismo momentos atrás.

—¡Güey, casi me matas del susto! Nos tenemos que ir en treinta minutos, mi Alex, *sorry* —me dijo levantándose del suelo y con una sincera empatía.

—¿A dónde, güey? —Fruncí el ceño confundida.

—¿Cómo que a dónde? Pues a Núremberg. Los Anicetos nos regalaron sus boletos de tren porque ya no cabemos con ellos en los coches que rentaron. El tren sale en media hora. Estuve horas con Hans tratando de comprar boletos para más tarde, pero no hay más. Es el mundial, vieja, está todo saturado y México juega allá hoy en la noche. No hay más trenes, hermosa, te lo juro. A mí también me gustaría quedarme, pero nos tenemos que ir —me dijo, justificando sus acciones.

Claro, por andar de coqueta besucona, había descuidado todos los planes y me había vuelto como una marioneta. Ya era muy tarde para opinar o cambiar el programa.

Sentí una mezcla de tristeza, enojo y felicidad que no podía explicar muy bien. La felicidad era por las increíbles horas sin dormir que había pasado

besuqueándome con mi príncipe azul; el enojo por la frustración de no tener un súper poder; y la tristeza venía por la sorpresa que me perdería, los besos sin dar y la cantidad de cosas que quedarían pendientes.

Entré en la casa de campaña y vi sus hermosos ojos, casi transparentes, mirándome con preocupación.

—Me tengo que ir ya —le dije torciendo la boca y asintiendo con la cabeza.

Le traduje las palabras con las que mi amiga me había llenado de tristeza los oídos y me acosté sobre nuestra *almohada* con un suspiro atragantado.

—No, por favor no te vayas. No ahorita, por favor quédate. Nos queda todo un día juntos —me suplicó de la manera más tierna y llenándome a besos—. ¿Y tu sorpresa?

—No puedo, Frédéric. No puedo dejar sola a mi amiga, vine con ella. Es un viaje que planeamos juntas, ella me invitó y hace años que no nos vemos. Me tengo que ir. —Apreté los labios y moví los hombros hacia arriba con resignación.

—¿Y si las llevo yo, más tarde? Puedo... puedo... puedo decirle a Ricárd que busque como regresar a casa... o que tome un tren o que... —interrumpí sus palabras con un beso— me quedan veinte minutos, mejor acompáñame a hacer mi maleta ¿o te quieres dormir ya? —le pregunté sabiendo su respuesta.

Me contestó sin palabras juntando las cejas y negando con la cabeza.

Después de cambiarme de ropa y de meter todo en mi maleta, tan rápido como pude, salimos todos juntos a esperar el tren. Ni siquiera nos dio tiempo de bañarnos.

Despedimos a los Anicetos, pero antes intercambiamos teléfonos para encontrarnos más tarde. México jugaría su primer partido contra Irán esa misma tarde y estábamos todos muy emocionados, bueno, casi todos. Frédéric tenía una cara de pocos amigos, igual que yo.

Hans, Michi y Stephan también estaban con nosotros. La estación se encontraba a solo unos metros de la casa así que les pareció buena idea ir a decirle adiós al par de mexicanas que habían coloreado su fin de semana con alegría, tequila y salsa. Agradecí en silencio que no se hubiera unido a la despedida la flaca con pelos de escoba.

Sentados en la fría banca de madera a orillas de la estación de Kelkheim, comenzamos a recordar la noche anterior. Stephan nos tenía en el suelo de la risa con sus imitaciones de baile y sus comentarios chuscos sobre el fútbol y los invitados.

El tren llegó, con siete minutos de retraso que todos agradecemos, pero la impuntualidad no era algo muy común en Alemania.

Frédéric me abrazó tan fuerte que parecía que me fundiría con él. Me gustaba la idea, tal vez si me abrazaba con un poco más de intensidad, nos quedaríamos así para siempre.

—No sé qué voy a hacer —dijo con los ojos un poco tristes y con la cara llena de confusión—, ya te extraño.

—Pero si nos vamos a ver muy pronto en Salamanca, no se te olvide nuestra apuesta o te quedas sin nariz —le advertí tocándole la nariz con el dedo.

Subí al tren y Frédéric subió detrás con mi estorbosa maleta en las manos. La dejó sobre el suelo y me jaló para darme un último beso.

—No me voy a perder ni un solo juego de México. Cada vez que los vea jugar

será como estar cerca de ti —gritó para que le oyera entre el sonido que nos anunciaban que el tren estaba por irse.

Estaba triste, muy triste, pero no podía quitarme la sonrisa de la cara. Estaba enamorada. Perdida. Feliz. Saltando en una nube rosa rodeada de mariposas.

Bajó del tren y le lancé un beso más. Me metí al vagón a buscar mi lugar, mientras lo seguía por las ventanillas con mi mirada y mi sonrisa apretada.

Romina me esperaba también con los ojitos tristes.

—¿Estás bien, mi Alex? —me preguntó con voz mimada, regalándome un abrazo.

—Mejor que nunca —le contesté con sinceridad—, estoy enamorada.